CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.* D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Dieo Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

EMBAJADOR Y HECHICERO,

COMEDIA DE MAGIA,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original

DE DON MARIANO PINA.

TERCERA EDICION.

N.º 23.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/embajadoryhechic00pina_0

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

717296

PERSONAS.	ACTORES.
LAURA.	D.ª Micaela Roca.
JUSTINA.	D.ª Rita Revilla.
UN ANGEL. . . .	D.ª Trinidad Zumel.
ARFIRO.	D. José Calvo.
EL REY.	D. Cárlos Cernadas.
DON GARCIA. . . .	D. José Saez.
ORDOÑEZ.	D. Dalmacio Detrell.
GAZAPO.	D. Mariano Fernandez.
DIABLO 1.º . . .	D. Enrique Zumel.
DIABLO 2.º . . .	D. Enrique Lopez.
UN ESPECTRO. . .	D. José Calle.

Caballeros.—Guardias.—Persas.—Aldeanos, etc.

La accion es en Toledo en el siglo XV.

ACTO PRIMERO.

Bosque largo.—A la izquierda del foro gruta formada de peñascos: en el medio, árbol grande que se transforma.

ESCENA PRIMERA.

LAURA.—ORDOÑEZ.

ORDOÑ. Repito que es imposible,
hermosa Laura, y sospecho
que si dejais la prision,
tal vez os aguarden riesgos
de que en ella estais segura.
LAURA. ¿Y quién tiene sufrimiento
para resistir tranquila
de un tirano los preceptos?
Dos años hace que aquí
aprisionada me encuentro,
llorando mi desventura,
sin que apiadados los cielos
ni me presten esperanza,
ni mitiguen mi tormento.
ORDOÑ. Con todo, noble princesa,
en su bondad confiemos.
LAURA. ¡Ay, Ordoñez! demasiado
tuve en mi desdicha aliento!
Ver á un padre asesinado,
y contemplar que altanero

ese cobarde homicida
tranquilo está y satisfecho,
¿te parece que no es causa
para llorar?

ORDOÑ. Sí, lo creo;
mas ¿quién sabe?...

LAURA. En mi quebranto
solo he tenido el consuelo
de encontrar en tí un amigo
mas que un duro carcelero.

ORDOÑ. Vuestro padre me queria,
y asi le pago su afecto.

LAURA. Es verdad, á todas horas
me das pruebas de respeto
y lealtad, y yo á mi vez,
Ordoñez, probarte quiero
la segura confianza
que de tu cariño tengo,
diciéndote...

ORDOÑ. Hablad, señora,
y creed que si yo puedo
dar alivio á vuestras penas...

LAURA. ¡Oh! sí; sí: lo que pretendo...
es que protejas mi fuga.

ORDOÑ. Ya sabeis que comprometo
mi cabeza, pues del rey
son los mandatos severos,
y á lo que manda su alteza,
ciegamente me someto.
Pero decidme, señora,
no abrigais en vuestro pecho
alguna vaga esperanza?

LAURA. Una guardé mucho tiempo,
pero se desvaneció
cual nube que lleva el viento.

ORDOÑ. No visteis á don Garcia?

LAURA. Siempre en valde: ese perverso
todo su interés lo cifra
en que firme un documento
de cesion, y que renuncie
mis legítimos derechos.

ORDOÑ. Me dijisteis no hace mucho
que un arrogante mancebo...

LAURA. En él solo confiaba;
mas en mi pena sospecho,
ó que ya olvidó mi amor,
ó que un fatal contratiempo
le habrá impedido quizá...

ORDOÑ. Olvidaros? No lo pienso.
No es vuestro rostro, princesa,
ni vuestros ojos de aquellos
que se pueden olvidar,
si una vez su ardiente fuego
penetró dentro del alma.
Tal vez, en este momento
vuestro decidido amante
trabajará con desvelo
por cumpliros las ofertas...

LAURA. Mil veces tal juramento
me prestaba cariñoso,
cuando en lágrimas deshecho
quiso que antes de partir,
me enlazara...

ORDOÑ. Y en efecto
le entregásteis vuestra mano?

LAURA. Era imposible el hacerlo.

ORDOÑ. Por qué causa? No os amaba?

LAURA. Con delirio, con esceso.

ORDOÑ. Pues entonces, qué impedia?...

LAURA. Lo impedia el hado adverso,
ese destino que impío
siempre enemigo le encuentro.
Adorarlo, y no poder
ser su esposa!

ORDOÑ. No comprendo
por qué.

LAURA. Porque no es cristiano.
El no adora un Dios eterno.

ORDOÑ. Jesús! Y teneis valor
todavía de quererlo?

LAURA. Dos años há que está ausente,
y aun fijo en el alma siento
ese amor que la devora.

ESCENA II.

Dichos.—JUSTINA, *que sale de la gruta.*

JUSTINA. Y bien, señora, qué hacemos?
Dejamos esta mansion?...
(Adios, me oyó el cancerbero,
y todo se echó á perder.)
ORDOÑ. Justina! Qué estás diciendo?
JUSTINA. Nada, si era preguntar...
ORDOÑ. No te contiene el respeto
que debes á mi persona,
responsable...
JUSTINA. Si nos vemos
en esa espantosa cueva
metidas como conejos,
y va larga la salida,
no es natural que inventemos
el modo de escapar?
ORDOÑ. Sí,
pero yo no lo consiento.
JUSTINA. Haceis mal, porque en el mundo
están echando de menos
el iman de nuestros ojos
y la sal de nuestros cuerpos.
LAURA. Siempre estás de humor, Justina.
JUSTINA. Es que ya le voy perdiendo.
ORDOÑ. Todo ha de tener su fin.
JUSTINA. Sí, señor; pero si el nuestro
es metidas en la cueva,
de fin tan malo reniego.
LAURA. No te queda ya esperanza,
Justina?
JUSTINA. Mucho lo temo,
porque han pasado dos años
sin venir, y ya no espero
que se acuerden de nosotras.
LAURA. Y por qué no?
JUSTINA. Lo que siento,
es que el infeliz Gazapo

tal vez estará ya muerto,
y tendré yo ese perjuicio
sin comerlo ni beberlo.

LAURA. Ah, no! Los dos volverán.

JUSTINA. No señora; si no es bueno
ninguno que no cree en Dios.
Cuando marchó de Toledo
al servicio de ese hereje,
mi Gazapo, era un portento
de santidad, y tal vez
por sus malvados consejos...

LAURA. Justina!

JUSTINA. Habrá renegado
de su Dios y de mi afecto.

ORDOÑ. Pero decidme, princesa,
cómo abristeis vuestro pecho
á un amor que es un delito
en un idólatra puesto?

LAURA. Y quién dice al corazon,
cuando le consume el fuego
de una pasion imperiosa,
que es un crímen su ardimiento?
Yo ví á Arfiro, y por él supe
que viajando en este reino
mis escasos atractivos
detenerse aquí le hicieron.
Le ví, Ordoñez, y mi alma
no pudo evitar al verlo
estasiarse en el amor
que en su mirada iba envuelto.

ORDOÑ. Y lo supo vuestro padre?

LAURA. Fué traidoramente muerto
entonces por ese aleve
que hoy tiene en su mano el cetro,
y Arfiro me prometió
sobre su cadáver yerto,
la venganza del agravio
que destrozára mi pecho.

JUSTINA. Pues á mí no me engañó,
como á vos, de amor el fuego.
Los hombres todos son unos
en lo que cobija el cielo;
todos prometen constancia,

todos son rendidos, tiernos...
pero en diciendo que ponen
cuatro leguas de por medio,
amor y promesa olvidan,
y si te ví, no me acuerdo.

ORDOÑ. Y quién fia en un hereje,
ni qué poder, ni qué medios
ha de tener un impío
para volveros el reino?

LAURA. Quién sabe, Ordoñez? él dijo
que inesplicable secreto
le precisaba marchar
para ponerse de acuerdo...

JUSTINA. Tendrá pacto con el diablo,
y tal vez en el infierno
estará ya con Gazapo.

ORDOÑ. No hay duda, tendrán sus cuerpos
hechos carbon ó alquitran.

JUSTINA. O ambulantes esqueletos
estarán muertos de hambre.
Pobrecito! Por ser bueno.
Él, que su sola pasion
es comer bien.

LAURA. Pues yo creo
que han de venir á romper
la prision que padecemos.
Siento una voz en el alma
que me presta dulce aliento
para sufrir esperando
la dicha que tanto anhélo.

ESCENA III.

Dichos.—ARFIRO.—GAZAPO, *que dicen dentro los primeros versos.*

GAZAPO. Dadme por Dios vuestra mano.

ARFIRO. Acabarás de gemir?

GAZAPO. Pero cómo he de decir
que no tengo un hueso sano?

JUSTINA. Señora, no habeis oido?

LAURA. A qué viene esa estrañeza?
JUSTINA. Ah! Yo pierdo la cabeza:
es su voz la que he sentido!
LAURA. Qué voz?
JUSTINA. Vamos, yo estoy loca.
ARFIRO. Sigue, ya descansaremos.
GAZAPO. Señor, haced que encontremos
con que refrescar la boca.
Tengo una sed que me abraso.
ARFIRO. Por aquí deben estar.
GAZAPO. (*Saliendo.*)
Pues bien, para calcular
echemos mas corto el paso.
JUSTINA. Veis, señora? El cielo quiso
compadecerse apiadado...
ORDOÑ. Pero por dónde han entrado,
si no tienen mi permiso?
LAURA. Justina. Vana ilusion!
GAZAPO. Pero qué buscais ahora?
JUSTINA. Ah! venid, venid, señora.
No los mirais? Ellos son.
Gazapo!
GAZAPO. Justina amada!
ARFIRO. Laura!
LAURA. Arfiro!
ARFIRO. Vida mia!
Cuánta ha sido mi agonía
por verte, prenda adorada!
JUSTINA. *(A Gazapo.)*
Y yo te parezco hermosa?
Has pensado mucho en mí?
GAZAPO. Siempre que pensaba en tí...
no pensaba en otra cosa.
Pero yo estoy desmayado!
ARFIRO. Desprecia, Laura, ese rey,
que ya cumplirá la ley
por fuerza, si no de grado.
Y de nécios ese enjambre
que le adula en derredor...
JUSTINA. Yo voy á morir de amor!
GAZAPO. Y yo me muero de hambre!
ORDOÑ. Señores, lo siento mucho,
pero segun mi deber,

no podeis permanecer
en este sitio.

GAZAPO. Qué escucho?

ORDOÑ. No lo juzgueis por desaire.
Mas por dónde habeis venido,
cuando á todos es prohibido?...

GAZAPO. Que por dónde? Por el aire.
Y no lo tomeis á broma;
asi, con este ademan,
era mi amo el gavilan,
y yo la blanca paloma.

LAURA. Arfiro, será verdad,
ó es que te falta al respeto?

ARFIRO. Laura mia, es un secreto
que hará tu felicidad.

LAURA. Secreto hasta para mí?
No acabarán los arcanos?

ORDOÑ. Que están los guardias cercanos,
y si os viesen por aqui...

JUSTINA. Si nadie puede saber...

LAURA. Déjalos por otro instante...

JUSTINA. Vamos, sed mas tolerante.

ORDOÑ. Me vais á comprometer.

GAZAPO. Justina, y el alimento?

JUSTINA. Pero no has tomado nada?

GAZAPO. Tú has visto alguna posada
que se fabrique en el viento?
Sufriendo diez mil reveses,
hemos cruzado las nubes,
y ya bajas, y ya subes,
por espacio de dos meses.

JUSTINA. Dos meses? Bravos embustes!
En dos meses moririas!

GAZAPO. Pues habrán sido dos dias,
ó dos horas, no te asustes.
Es lo cierto, que me muero:
con que dame de comer,
que nada importa saber
si fué un mes, ó un año entero.

LAURA. *(A Arfiro.)*
Pero ya no partirás.
Si vieras cuanto he pasado!

ARFIRO. Ah, no! moriré á tu lado;

abandonarte jamas.
Yo te prometo vencer
de ese tirano el encono,
y te he volver el trono,
ó por tí he de perecer.

JUSTINA. *(A Gazapo.)*
Vaya, dí lo que prefieres?
lo mas cercano es la cueva.

GAZAPO. Con tal que yo coma y beba,
llévame dónde quisieres.

JUSTINA. Pues entonces, sin ser vistos
de Ordoñez, nos marcharemos,
y á su casa nos iremos.

GAZAPO. Como gustes.

JUSTINA. Vamos listos.
(Vánse por uno de los bastidores del fondo, ocultándose de Ordoñez, que toda la escena habrá estado observando por los demas, si viene alguien.)

ESCENA IV.

LAURA.—ARFIRO.—ORDOÑEZ.

ARFIRO. Aunque parezca hechicero,
he de hacer tantos prodigios,
que no queden ni aun vestigios
de ese déspota altanero.

ORDOÑ. Princesa, por Cristo, pido,
que os separeis... Y los otros?
(Mira á todos lados.)
Si saben... Ay de nosotros!
Pero, señor, dónde han ido?
Si aparecen por aqui,
mientras que voy á buscarlos,
hacedme el favor de atarlos.
Ois, doña Laura?

LAURA. Si.

ARFIRO. Bien, Ordoñez, descuidad.

ORDOÑ. En vos confio, señora.
Y dónde los busco ahora?

Vaya una temeridad!
(Váse por el mismo lado que Gazapo y Justina aunque por distinto bastidor.)

ESCENA V.

LAURA.—ARFIRO.

LAURA. Aun no he podido entender
cuáles son tus esperanzas,
ni cuál es ese poder,
que, segun dices, alcanzas,
y yo lo quiero saber.
Si no, me causas enojos.
Tienes mágia en tu favor?
Dime, eres encantador?
ARFIRO. Tengo la mágia en tus ojos,
los encantos en tu amor.
LAURA. Esas son galanterías,
que ni agradezco, ni escucho.
Y que me amabas decias!
Si tu me quisieras mucho,
negármelo no podrias.
ARFIRO. No amarte yo, mi lucero?
Ser mentida mi pasion?
Pon en duda el mundo entero,
mas no dudes que te quiero
con todo mi corazon.
LAURA. Dime, pues, de que amuleto
te sirves para ese encanto,
al que todo está sujeto.
ARFIRO. Es que por amarte tanto,
importa mas el secreto.
Ignoras tú, Laura mia,
que misterio tan profundo,
público ya, no valdria,
y para el bien infecundo,
sabiéndose quedaria?
No te basta á tí saber,
que me es propicia la suerte,
y que todo mi poder

será, para devolverte
la ventura y el placer?
Dos años lo he procurado,
y ya que al fin lo adquirí,
dentro del pecho encerrado,
debo tenerlo guardado,
para que te sirva á tí.

LAURA. Dí al menos, compadecido,
para volverme la calma,
cómo lo hubiste adquirido:
dime, por Dios, que tu alma
no hizo ese pacto atrevido.

ARFIRO. No existe en mi corazon,
nada que maldad le arguya;
á mas que mi religion,
diferente de la tuya,
no hace en ello distincion.

LAURA. Tu religion! Ay! es cierto!
La sima es que nos separa!
Aun dura tu desacierto?
Por qué de nuevo has abierto,
la herida que ya olvidára?

ARFIRO. Enjuga, Laura, ese lloro;
que al vértelo derramar,
siento el alma vacilar,
y hasta los dioses que adoro
pienso que voy á olvidar.

LAURA. No escuchas?

ARFIRO. Nada sentí...
no temas, Laura querida.

LAURA. Siento pasos por allí...
Ay! Arfiro de mi vida!
No te separes de mí!

ESCENA VI.

Dichos.—DON GARCIA.—GUARDIAS.

GARCIA. (Veremos si se convence
al fin la orgullosa infanta,
y firma... pero qué miro?

Un estrangero con Laura?)
Dios os guarde, caballero.

ARFIRO. Y á vos el cielo.

GARCIA. Qué causa
ha podido motivar,
vuestra idea temeraria
de penetrar en el bosque,
siendo prohibida la entrada?

ARFIRO. Ya veis que soy estrangero,
y que las leyes no dañan,
al que ignora sus mandatos,
y sin saberlo á ellos falta.

GARCIA. Dejad vanos circunloquios.
A mí no me importa nada,
que vos ignoreis las leyes,
ni que sepais lo que mandan.
El hecho es, que habeis faltado,
y que preso por mis guardias,
ante el rey os llevaré,
sin que evasivas os valgan.

LAURA. Reflexionad, Don García...

GARCIA. Yo no reflexiono, infanta.
Soy del rey el favorito,
y sé, que cuanto yo haga,
será por él respetado.

ARFIRO. Es que hay otra circunstancia,
por la cual es mi persona,
mas que inviolable, sagrada.

GARCIA. Aquí no valen escusas,
ni pueden servir las mañas,
para evitar el castigo,
que merece vuestra audacia.

LAURA. Sosegaos, Don García.

ARFIRO. Os digo que hay una causa
tan grande y tan poderosa,
que estais obligado...

GARCIA. Vaya,
pues decid cuál es?

LAURA. Arfiro!

GARCIA. Sepamos con que patraña
venís.

ARFIRO. Soy embajador
de un poderoso monarca.

GARCIA. Y de qué reino?
ARFIRO. De Persia.
GARCIA. (Pues no la toma muy larga!...)
Y decid, puedo saber,
con qué objeto es la embajada?
ARFIRO. Para que respete el rey
los derechos de esta infanta,
y la ponga en posesion,
del trono que la usurpara.
GARCIA. Estais loco, embajador?
Pues no sabeis que ya Laura,
por tranquilizar el reino,
firmó de cesion un acta?...
LAURA. Eso es falso, don García,
siempre me negué á firmarla.
GARCIA. En fin, delante del rey,
con vuestras manos atadas,
cumplireis la comision.
ARFIRO. Y con qué derecho mandas,
prender á un embajador?
GARCIA. Con el que me dan las armas.
LAURA. *(Aparte á Arfiro.)*
Por qué le irritas, Arfiro?
ARFIRO. No temas, hermosa Laura,
yo le haré ver á este nécio,
la persona con quien trata.
GARCIA. *(A los guardias.)*
Hola! prended á ese hombre.
ARFIRO. Hola! Echad esa canalla.
(El árbol se convierte en fortaleza, de la que salen multitud de persas armados, y ponen en fuga á los guardias.)
GARCIA. Pero qué diablura es esta?
ARFIRO. Participad mi demanda
á vuestro rey, y decidle
que ser recibido aguarda
de Mosfán el enviado.
GARCIA. Vamos, que acabe la chanza,
vos no sois embajador.
ARFIRO. Cómo!...
GARCIA. Sois una alimaña
arrojada del infierno
para tentar nuestras almas.

ARFIRO. Y que os puede hacer ceniza,
sino obedeceis.
GARCIA. Cachaza.
ARFIRO. Id al punto, ó mi furor...
GARCIA. Sí ya voy... (Mal rayo caiga...)
(*Váse.*)

ESCENA VII.

LAURA.—ARFIRO.

ARFIRO. Tan cobarde como necio.
LAURA. Pero yo estoy admirada.
Tornarse un árbol castillo!
Quedamos, pues, en que es magia
el secreto que me ocultas?
ARFIRO. Y has de ver aun cosas tantas,
que de ese oculto poder
renacerá tu esperanza.
LAURA. En fin, con tal que no labre
tu sempiterna desgracia...
ARFIRO. Vamos á esperar ahora
la audiencia solicitada.
LAURA. Yo no me aparto de tí.
ARFIRO. Ya jamás, querida Laura.
(*Vánse.*)

ESCENA VIII.

Salon corto.

JUSTINA.—GAZAPO.

JUSTINA. Hombre, primero hablarémos,
y despues almorzaremos.
GAZAPO. Justina! Y en tal estado
me quieres entretener?

Mira que estoy desmayado:
si no me puedo tener!

JUSTINA. Hoy estás inaguantable:
tu manía es incurable.
Jesus, que glotonería!
Que estómago tan profundo!

GAZAPO. Al comer llamas manía?
Pues la tiene todo el mundo.

JUSTINA. Pero dí, cómo te ha ido.
Cuenta si te has divertido;
esplica dónde has estado.
Me parece que es muy justo...

GAZAPO. Ay! muger! Cuanto he pasado!
De pensarlo me dá susto.
Si supieras lo que he visto!

JUSTINA. Vaya, cuenta.

GAZAPO. Vive Cristo!
Si no puedes figurarte...

JUSTINA. Si no lo dices, es claro.

GAZAPO. Vamos, si vas á asustarte.
El caso es de lo mas raro.
(*Mirando á todos lados.*)
Sabes quién es mi señor?

JUSTINA. A qué viene ese temor?

GAZAPO. Escucharán lo que hablo?

JUSTINA. Nadie: despacha ligero.

GAZAPO. Justina, mi amo es el diablo!

JUSTINA. Jesus.

GAZAPO. Y yo su escudero.

JUSTINA. Esas chanzas no me gustan.

GAZAPO. Es que á mi tambien me asustan.

JUSTINA. Vamos, no te has enmendado
en tu mentir sempiterno.

GAZAPO. Qué mentir? Yo he visitado
con mi señor... el infierno.

JUSTINA. Mira que son malas bromas.

GAZAPO. Con que tú á burla lo tomas?
Llevados del huracan,
entramos... él fué el primero:
yo me quedé en el zaguan,
hablando con el portero.
Si vieras que pelotones
llegaban de señorones!

Entraban los desdichados
sumisos como borregos,
y eran condes, y prelados,
y reyes y palaciegos.
No te puedes figurar,
la gente que ví pasar!
Todos llevaban escrito,
sobre su cárdena frente,
el reprobado delito...

JUSTINA. Que espiarán eternamente.
Eso tiene el causar daños.

GAZAPO. Iban todos por amaños,
y por intrigas taimadas,
traiciones y alevosias,
y vengauzas solapadas,
y perjurios y falsías.
Aun conservo en la memoria,
mas de una curiosa historia,
que me relató el portero!
Chica, qué cosas oí!!!

JUSTINA. Sí?...

GAZAPO. Lo dudas?

JUSTINA. Embustero.

GAZAPO. Pues vé á preguntarlo allí.
Estais en gran mayoría
las hembras.

JUSTINA. Quién lo diria?

GAZAPO. Quién? Cualquiera, no te asombre.

JUSTINA. Tú, que divertirte quieres.

GAZAPO. De veras: por cada hombre,
entran catorce mugeres.

JUSTINA. Pero qué fin se llevó,
tu amo al entrar?...

GAZAPO. Qué sé yo?
Ni una palabra me dijo.

JUSTINA. No tienes antecedentes?

GAZAPO. Sabes lo que yo colijo?
que fué á ver á sus parientes.

JUSTINA. Pues debes abandonarlo.
Te lo mando.

GAZAPO. Yo dejarlo?
Separarme de su lado,
cuando mil veces me ha dicho,

que he de ser un potentado?
Pues no fuera mal capricho!
En siendo yo poderoso,
puedes contar con esposo.
Tú verás lo que comemos.

JUSTINA. Siempre comer! Qué porfia!
Comer, cuando nos queremos?

GAZAPO. Eso si que es tonteria.
Qué entiendes tú por amor?
Esplícalo: hazme el favor.

JUSTINA. El amor es una llama...

GAZAPO. Como de un candil la mecha;
que pierde pronto la flama,
si aceite no se le echa.

JUSTINA. Vaya una comparacion!

GAZAPO. Segun tu definicion.

JUSTINA. Amor es un sentimiento,
de entusiasmo, de placer...

GAZAPO. Que tiene por fundamento,
la precision de comer.
Desengáñate, Justina,
que la pasion te alucina.
Donde se almuerza un pepino,
y el vestido es perdulario,
no puede haber amor fino;
si hay amor, es ordinario.

JUSTINA. Desde que sirves al diablo,
piensas así.

GAZAPO. Por San Pablo!
eso lo piensa cualquiera.

JUSTINA. Pues yo no tengo cachaza...

GAZAPO. Porque tienes la mollera,
vana como calabaza.

JUSTINA. Y te atreves, deslenguado..?

GAZAPO. Dejemos esto aplazado
para despues del almuerzo.

JUSTINA. Bruto!

GAZAPO. Qué pronto te picas!
Me quieres?

JUSTINA. Anda, mastuerzo.

GAZAPO. Vaya, muger, que te esplicas!
(Vánse.)

ESCENA IX.

Salon régio. En el fondo un espejo.

EL REY.—DON GARCIA.

REY. Apenas puedo creer,
Garcia, lo que me cuentas.
GARCIA. Nada hay mas cierto, señor.
REY. Es decir que con ofensas
quiere el soberbio enviado,
adquirir las gracias nuestras.
Pues yo le juro...
GARCIA. Haceis bien.
Yo en lugar de vuestra Alteza,
le enseñára á respetar
el trono.
REY. Pero, qué hicieras?
GARCIA, Ponerle en una mazmorra,
abrumado de cadenas,
hasta que humilde y llorando,
vuestro perdon recibiera.
REY. Eso es del todo imposible.
GARCIA. Y por qué?
REY. Las leyes nuestras
hacen á un embajador
inviolable.
GARCIA. Asi lo ordenan;
mas no será el primer rey,
que se sobreponga á ellas.
REY. Entonces, inevitable
será con Persia la guerra.
GARCIA. Y qué nos importa, cuando
tan lejos estan sus tierras,
que las separan los mares
y centenares de leguas?
REY. Ademas, todo mi reino
se opondria á tal ofensa.
GARCIA. El reino, señor, es nada,

si la voluntad suprema
del monarca es inmutable,
y sus hablillas desprecia.
Quién se para?..

REY. Mas primero,
debemos darle respuesta
al embajador.

GARCIA. Pensais
contestar á sus simplezas?

REY. Pienso que esa loca infanta
ha de prestarme obediencia,
sin que tenga que sufrir
el embajador violencia.

GARCIA. Ved, que orgulloso, defiende
la causa de la princesa.

REY. Si tal es su obstinacion,
entonces le hará la fuerza
respetar mi voluntad.

GARCIA. Bravo, señor, entereza.
Ahí están.

REY. Diles que pasen.

GARCIA. Se da principio á la audiencia.
(Acercándose al bastidor.)

ESCENA X.

Dichos. — LAURA. — ARFIRO. — PERSAS. — CABALLEROS. — GUARDIAS DEL REY.

REY. Embajador, qué pretendes?

ARFIRO. Las credenciales primero
pongo en vuestras manos.
(Le dá un pliego.)

REY. Bien.

LAURA. (Si habrá llegado ya el tiempo,
de que tengan dulce alivio
mis tristes padecimientos?)

REY. Mosfán, tu ilustre monarca,
espresa, que por estenso
me dirás lo que pretende.
Habla, pues, que yo prometo,

hacer todo cuanto pueda,
por obligarle en mi afecto.

ARFIRO. Mi poderoso señor
paz te envia.

REY. Y yo la acepto.

ARFIRO. El trono que has usurpado,
te pide por mí; y que luego,
autoridad y corona
las entregues á su dueño.

REY. A su dueño! Pues quién es?

ARFIRO. La hija del monarca escelso
á quien tu mano dió muerte;
la princesa Laura.

REY. El cielo
lo dispuso de otro modo.
A mí pertenece el cetro,
y á la infanta solo toca
resignacion y respeto.
No obstante, para que veas,
que sus penas compadezco,
en firmando la cesion,
de sus perdidos derechos,
una pension vitalicia,
segun su clase, la ofrezco.

ARFIRO. Ella no puede aceptarla,
ni firmar tal documento.

REY. Entonces que no se queje,
si á la muerte la condeno.

LAURA. Y pensarás que esa infamia
ha conturbado mi pecho?
No, traidor: tu aleve mano,
que á mi padre robó el cetro,
tambien me dará la muerte;
mas no regirás el reino
por una cesion indigna
de mi sangre.

ARFIRO. Y yo te advierto,
que los cielos irritados,
te darán un fin sangriento.

REY. Embajador, de tu labio
las amenazas desprecio.

ARFIRO. Las desprecias? Mira, aleve:
oye sus altos decretos.

(El espejo se transforma en trono enlutado, y aparece en él un espectro, que dice los siguientes versos.)

ESPEC. Este es el brillante trono
que Dios tiene preparado,
para el traidor, que obstinado,
sigue la senda del mal.
Déjala, tú, regicida,
porque mi labio te advierte,
que hallarás pronto la muerte
en la punta de un puñal.
(Vuelve el trono á transformarse en espejo.)

GARCIA. *(Al rey.)*
No os dije que era el demonio?
(Ni aun á pronunciar acierto
las palabras. Pero cómo...?
Estoy temblando de miedo.)

REY. Embajador, no presumas
que el lenguaje de ese espectro,
cuya farsa has inventado,
ha minorado mi aliento.
Y para que te convenzas
de que tu poder desprecio,
en el jardin quedarás
admirado; en él te espero:
allí obtendrás la respuesta,
que á tu monarca dar pienso.

ARFIRO. Está bien, pero sabed,
que en todas partes los cielos
velarán por la inocencia,
castigando el crímen vuestro.
(Vánse.)

ESCENA XI.

Salon corto.

GAZAPO.—JUSTINA.—*Esta, corriendo con un pastelon en la mano.*

GAZAPO. Pero, mujer, dónde vas?
JUSTINA. Que no me sigas.
GAZAPO. Aguarda.
Deja el pastelon, y vete.
JUSTINA. Si es que no me da la gana.
GAZAPO. Justina!
JUSTINA. Quiero que sufras,
oliendo ricas viandas,
sin que pruebes un bocado.
GAZAPO. Y á qué viene esa venganza?
Mujer, qué daño te hice?
JUSTINA. Olvidas ya las palabras,
que tu labio descortés
no hace mucho pronunciaba?
GAZAPO. No tengas mal corazon.
JUSTINA. Pues no tengas tú mal alma.
GAZAPO. Vamos, dame la mitad
para probarlo.
JUSTINA. Te casas?
GAZAPO. Pero deja que lo piense
con vigor.
JUSTINA. Buena cachaza!
Has de responder ahora:
ó boda, ó no pruebas nada.
GAZAPO. Esto es sitiarme por hambre.
(¡Pues no tiene mucha gana
de casamiento la chica!)
Por Dios, Justina, ten calma.
JUSTINA. O respondes, ó me voy.
GAZAPO. Te responderé mañana.
JUSTINA. Ahora mismo.

GAZAPO. Tu no sabes,
que entiendo tambien la mágia
como mi amo, y si quiero,
puedo transformarte en rana,
y meterte en el pastel,
para castigarte, ingrata?
JUSTINA. Las mujeres tambien saben,
muchas veces, por venganza,
hacer á los hombres fieras;
pero son fieras con...
GAZAPO. (Hasta
dónde irá á parar la chica!)
JUSTINA. Parece que las palabras
que ha de pronunciar mi labio,
el tuyo las arrebata.
GAZAPO. Con que, dejemos las bromas,
y dame el pastel.
JUSTINA. No.
GAZAPO. Vaya...
JUSTINA. Huele.
GAZAPO. Huf, qué olor tan rico!
Se me hace la boca agua.
JUSTINA. Prometes casarte al punto?
GAZAPO. Mujer, por las cinco llagas!
JUSTINA. Resistes?
GAZAPO. Venga el pastel.
JUSTINA. Pero antes....
GAZAPO. Te doy palabra,
y mano, y pié y cuanto quieras.
Ya no hay paciencia que valga.
JUSTINA. Tómalo.
GAZAPO. Gracias á Dios!
(Pues si supieran la maula
todas las que quieren boda,
bien pronto marido hallaran.
(Pone el pastelon en el suelo, y se sienta.)
Es verdad que las promesas
hechas con hambre, no dañan.
Puede uno volverse atrás...)
JUSTINA. Qué estás rezando?
GAZAPO. Yo? Nada,
si estoy muy agradecido.
Vamos á ver las entrañas

de este animal.
(Abre el pastel, salen multitud de pájaros, y se levanta asustado.)
Qué demonio!
Justina, vaya una gracia!
Eso no era lo tratado.

JUSTINA. Si yo estoy mas admirada!

GAZAPO. Me tendré que contentar,
con comer solo la masa,
porque el relleno voló.
(Al ir á coger el pastel, corre este, segun marcan los versos, de un lado á otro del teatro, hasta que desaparece.)
Ven á mis brazos. Caramba!
Este pastel está vivo.
Pues está buena la chanza!
Tú has inventado este juego.

JUSTINA. Yo?

GAZAPO. Tú, porque tienes calma,
para verme padecer.

JUSTINA. Si yo no entiendo palabra
de esas cosas.

GAZAPO. Dale, bola.

JUSTINA. Vamos, hoy tienes desgracia.

GAZAPO. Lo que yo tengo es coraje,
de que juegues en mis barbas.
Pero, dónde se ha metido?
Aqui todo tiene alas.

JUSTINA. Hombre, yo estoy aturdida!

GAZAPO. Para burla es ya pesada.

JUSTINA. Y tanto.

GAZAPO. Ya no me caso.
Lo entiendes?

JUSTINA. Y por qué causa?

GAZAPO. Porque has querido engañarme.

JUSTINA. Engañarte yo?

GAZAPO. Tú, falsa.

JUSTINA. Te juro, que no sabia...

GAZAPO. Pues quién inventó esta farsa?

ESCENA XII.

Dichos.—Arfiro.—Ordoñez.

Arfiro. Yo.
Gazapo. Vos, señor?
Arfiro. En castigo
de tu descaro y audacia.
Gazapo. Y de qué delito hablais?
Ordoñ. Pues qué el invadir mi casa,
y saquear la despensa,
te parece poco?
Gazapo. Vaya,
no os incomodeis por eso;
si es que tengo una carpanta
insufrible.
Arfiro. Yo te juro,
que en la presente semana,
no has de probar un bocado.
Gazapo. Mirad, que hoy es lunes.
Arfiro. Nada.
Ordoñ. Bien hecho, y asi otra vez
no repetirá su hazaña.
Venid, y os conduciré
de su alteza á la morada.
Gazapo. Pero señor! no hay remedio?
Será tanta mi desgracia,
que en vez de morir de ahito,
muera del hambre en las ansias?
Ordoñ. *(A Arfiro.)*
No cedais.
Arfiro. Yo nunca cedo.
En el jardin nos aguardan.
Sígueme tu, mal criado.
(Vánse.)

ESCENA XIII.

JUSTINA.—GAZAPO.

GAZAPO. Se ha visto mayor infamia?
JUSTINA. Vas á ver todos los dias
la procesion de las ánimas.
GAZAPO. Justina, no me impacientes,
mira que no estoy de chanzas,
y te pego un par de coces,
sin que ese rostro te valga.
JUSTINA. Animal!
GAZAPO. Por vida de...!
No quiero hablar.
JUSTINA. Pues si aguardas,
á que yo vuelva á buscarte,
me parece que te engañas.
GAZAPO. Mejor, adios para siempre.
JUSTINA. Veremos quién se retracta.
(*Vánse por opuestos lados.*)

ESCENA XVI.

Jardin con fuente.

EL REY.—DON GARCIA.—ORDOÑEZ.—*Caballeros y Guardias.*

GARCIA. (*Al Rey.*)
Asi quedamos seguros,
y siempre es el triunfo nuestro.
REY. Si el enviado ha creido,
que mostrándose altanero,
cederé, mucho se engaña.
GARCIA. Humillad, señor, sus fueros,
y que su ejemplar castigo
sea notorio en estos reinos.
REY. Si hoy no renuncia la infanta
á sus planes, te prometo...
GARCIA. Ya llegan, que no os dejeis
engañar con sus enredos.

ESCENA XV.

Dichos.—ARFIRO.—LAURA.—GAZAPO.

REY. Embajador, mi promesa
cumplirte al instante ofrezco,
demostrándote aquí mismo
de mi poder los efectos.
ARFIRO. Yo tambien, si me obligais,
probaros el mio intento.
REY. Ordoñez...?
ORDOÑ. Señor...?
REY. Al punto
haz lo que he ordenado tengo.
(Llega Ordoñez al bastidor, y á una señal, sale un page con una bandeja de plata, que contendrá: un pergamino, una copa y un puñal.)
Ya puedes, Laura, elegir:
ó firmas el documento,
que acredite tu renuncia
al dominio de este reino,
y te ausentas al instante
de la ciudad de Toledo,
ó escoges, para morir,
entre el puñal y el veneno.
Habla pues.
LAURA. Yo no vacilo:
nunca al morir tuve miedo,
si hay que deber la existencia
á tan humillantes medios.
REY. Entonces dale la copa.
LAURA. *(La toma.)*
Y yo con placer la bebo,
porque sé que tu castigo
asi será mas tremendo.
ARFIRO. *(Le quita la copa.)*
Detente, Laura.
LAURA. Es preciso.
ARFIRO. Aun tiene tu Arfiro aliento,
para hacer que en esta copa,

tenga fin tu desconsuelo.

REY. Cómo...?

ARFIRO. Volviéndola espada,
para atravesar tu pecho.
(La copa se vuelve espada.)

REY. Villano! Y á eso te atreves?

ARFIRO. Soldados, ya en este reino
manda la princesa Laura.
No temais de ese perverso
las siniestras intenciones,
porque está sin movimiento
sujeto por mi poder.

GARCIA. Señor, desechad el miedo.
(¡A mi me tiemblan las piernas!)

REY. Ese es testimonio cierto
de que me temes, que á estar
libre del mágico efecto,
yo te enseñára, traidor.

ARFIRO. Pues ya libre estás: veremos
si puedes vencer ahora
mis poderosos esfuerzos.

REY. Y cómo podrás librarte
de mis furores? A ellos.

ARFIRO. De este modo.
(El jardin se convierte en marina, con todo el número posible de buques empavesados. La fuente forma el mayor, quedando dentro de él Arfiro y Laura.)
Y aun no cedes?

REY. Nunca, pérdido hechicero!

GAZAPO. Señor, y asi me dejais?
No soy ya criado vuestro?

ARFIRO. No llores, pobre Gazapo,
que muy pronto nos veremos.

REY. Soldados, guerra al infame.
No quede buque en mis puertos
que no salga á combatir
sus criminales proyectos.

ARFIRO. No es necesario, asesino:
cerca de tu córte quedo,
preparando las venganzas
de tus crimenes horrendos.
(El buque que ocupa Arfiro principia á bogar;

el rey se vá; don Garcia y los guardias se dirigen á Gazapo.)

GARCIA. No te escaparás ahora.

GAZAPO. Ay!

GARCIA. He de hacer con tus huesos
palillos para mis dientes.

GAZAPO. Pues subid, buen caballero.
(Se dirige al mar, y se eleva sobre un enorme cangrejo.)

GARCIA. No hay que dejarle, muchachos.
Huy! qué vicho mas horrendo!
(Don Garcia y los Guardias huyen y baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio, con mesa en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINA.—ORDOÑEZ.

JUSTINA. Ya he dicho que no lo sé.
ORDOÑ. Pues yo sostengo que es falso.
Cómo es posible que Laura
se atreviese á dar un paso,
de tan graves consecuencias,
sin habértelo anunciado?
JUSTINA. Y qué obligacion tenia,
para haber de revelarlo?
Ademas, yo estoy segura,
de que ese maldito mago,
tambien ocultó á mi ama
sus proyectos endiablados.
ORDOÑ. Pero quién es ese hombre?
Justina, yo estoy pasmado,
de ver que nada resiste
á su poder sobrehumano.
JUSTINA. Con qué no sabeis quién es?
ORDOÑ. Te digo que no.
JUSTINA. Es el diablo.
ORDOÑ. Lo mismo que yo decia:
Lucifer, si estaba claro.

JUSTINA. Cómo engaña su esterior!
ORDOÑ. Pues á mí no me dió chasco.
Desde el punto en que le vi,
dije que era un enviado
del averno.
JUSTINA. Y asi es.
Como que el mismo Gazapo
me lo ha dicho.
ORDOÑ. Y él lo sabe..?
JUSTINA. Vaya! Si tambien ha estado
en el infierno.
ORDOÑ. De veras?
JUSTINA. Y no es eso lo mas malo.
ORDOÑ. Aun hay mas?
JUSTINA. Desde que sirve
á ese hereje, es un villano,
es un infame.
ORDOÑ. Por qué?
JUSTINA. Vaya, porque se ha empeñado
en no casarse conmigo.
ORDOÑ. Y tú no tienes reparo
en contraer matrimonio,
con sirviente de tal amo?
No te da miedo, muchacha?
JUSTINA. Qué me ha de dar! Al contrario.
ORDOÑ. No temes la mala vida,
ni su génio, ni su trato?
JUSTINA. Qué es temer? Todos los hombres
se casan cual toros bravos:
al principio, mucho génio,
mucho bramar, muchos saltos...
pero en dando con muger,
que entienda de manejarlos,
se vuelven, al poco tiempo,
lo mismo que bueyes mansos,
sujetos, con una seda,
al yugo del nupcial carro.
ORDOÑ. Parece que estás muy ducha?
JUSTINA. Son tan sabidos los pasos
del asunto, que el mas tonto
los acierta sin trabajo.
ORDOÑ. Y piensas tú que el viage
de la infanta, será largo?

JUSTINA. Lo que pienso, es, que no quiero
vivir en este palacio,
espuesta á tantos peligros.
ORDOÑ. Pues mira, no será estraño,
que si el rey llega á saber,
que con Laura no has marchado,
pretenda vengar en tí,
de la infanta los agravios.
JUSTINA. Y yo que tengo que ver,
en que haya sido burlado?
ORDOÑ. Y el mismo peligro corre
el tunante de Gazapo.
JUSTINA. Por él no me importa nada,
que registren el palacio,
y le encuentren, y le azoten.
ORDOÑ. Tanto le aborreces? Vamos,
eso lo dices en broma.
JUSTINA. Quisiera verle azotado
por infiel, por inconstante.
ORDOÑ. Pero mujer!
JUSTINA. Es un falso.
Despues de darme palabra,
volverse atras el villano!
ORDOÑ. Descuida, que si le quieres,
te buscará.
JUSTINA. Si es el caso,
que ahora mismo le aborrezco;
y aunque le viera humillado,
y me pidiera perdon,
de rodillas y llorando...
ORDOÑ. El perdon alcanzaria,
y con el perdon tu mano.
JUSTINA. Os juro que no.
ORDOÑ. No jures:
si yo sé que al fin y al cabo,
estás desecha por él.
Finalmente, yo me marcho,
que me espera don García,
y no quiero impacientarlo.
JUSTINA. Mas le temo á ese perverso
que al rey.
ORDOÑ. Si aun no te hizo daño.
por qué le temes así?

JUSTINA. Porque es un hombre malvado,
y por un consejo bueno,
dará al rey doscientos malos.
ORDOÑ. Qué sabes tú?
JUSTINA. Lo presumo
y yo rara vez me engaño.
ORDOÑ. Pues mira, si lo presumes,
hazme el favor de callarlo;
porque las paredes oyen...
y... en fin.
JUSTINA. Y qué?
ORDOÑ. Hasta otro rato.
(*Váse.*)

ESCENA II.

JUSTINA.

Es que á mi no me acobardan
temores de cortesano.
Cabalmente estoy de humor,
para decir, y muy claro,
todo lo que se me ocurra.
Pero qué miro? Es Gazapo!
Si piensa verme la risa,
no ha de llevar poco chasco.

ESCENA III.

Dicha.—GAZAPO.

GAZAPO. Al fin te encuentro, lucero.
JUSTINA. Caballero?
GAZAPO. Tú, la que tanto me amó!
JUSTINA. Yo?
GAZAPO. Querrás negarlo quizá!
JUSTINA. Pues ya!
GAZAPO. Sepultado quedará
lo pasado en el olvido,

y tú me verás rendido.
JUSTINA. *Caballero, yo? Pues ya.*
GAZAPO. Juro, que fiel te seré.
JUSTINA. Qué?
GAZAPO. Si al fin te has de persuadir.
JUSTINA. Quiere decir...
GAZAPO. Te ablandas? Bien dije yo...
JUSTINA. Que no.
GAZAPO. Pero mujer, se acabó
la pasion tan ponderada?
No siente tu pecho nada?
JUSTINA. *Qué quiere decir que no?*
GAZAPO. Puedes tú vivir sin mí?
JUSTINA. Sí.
GAZAPO. Y pensarlo, no te aflige?
JUSTINA. Lo dige.
GAZAPO. Ayer tu labio decia...
JUSTINA. Mentia.
GAZAPO. Vaya, cese la porfia.
Cómo me has de aborrecer,
si me adorabas ayer?
JUSTINA. *Si te lo dige, mentia.*
GAZAPO. Pero no tiene remedio?
JUSTINA. No hay medio.
GAZAPO. Tu corazon seco está?
JUSTINA. Ya.
GAZAPO. Y en hablándote de bodas?
JUSTINA. Me incomodas.
GAZAPO. Con que á nada te acomodas?
No te basta, que rendido,
confiese haberte ofendido?
JUSTINA. *No hay medio, ya... me incomodas.*
GAZAPO. Pues mira, ya estoy sereno.
JUSTINA. Bueno.
GAZAPO. Veremos cuál de los dos...
JUSTINA. Adios.
GAZAPO. Y que no vuelvo, presumo.
JUSTINA. La del humo.
GAZAPO. No pienses que yo me abrumo,
porque si tu no me quieres
hay en el mundo mugeres.
JUSTINA. *Bueno, adios, y la del humo.*
Vamos, te marchas, ó nó?

GAZAPO. Yo?
JUSTINA. Si no hay modo de ablandarme.
GAZAPO. Casarme.
JUSTINA. Tú conmigo? quita allá!
GAZAPO. Já, já, já.
JUSTINA. Juzgas que mi mano está,
aguardando á ningun tonto?
En fin, si te casas pronto...
GAZAPO. *Yo casarme...? Já, já, já.*
JUSTINA. No pienses que eso me inquieta.
GAZAPO. Coqueta.
JUSTINA. Tranquila estoy por demás.
GAZAPO. Si estás!
JUSTINA. Y en otro amante pensando.
GAZAPO. Rabiando.
JUSTINA. Te engañas; cómo ni cuando
has podido presumir,
que tu falta he de sentir?
GAZAPO. *Coqueta, si estás rabiando.*
Por última vez lo digo:
me quieres ó nó?
JUSTINA. Pues ya.
Juras casarte conmigo?
GAZAPO. Yo casarme? Já, já, já.
(Se retiran por ambos lados, y vuelven al centro al oir la voz de Don García.)

ESCENA IV.

JUSTINA.—GAZAPO.—DON GARCIA, *que dice dentro los primeros versos.*

GARCIA. Con el mas vivo cuidado
todas las puertas se guarden,
y sin mi espresa licencia,
que de aquí no salga nadie.
GAZAPO. A Dios! ya nos atraparon.
No hay mas remedio. Si saben,
que está dentro del alcázar
el criado...
JUSTINA. No te espantes.

GAZAPO. Me conservan en salmuera.
JUSTINA. Como es tan buena tu sangre,
debes temer derramarla!
GAZAPO. Y mas dulce que un jarabe.
Tú verás, pura arropía.
Ya vienen. Cristo me salve!
GARCIA. (*Saliendo.*)
Hola? Por fin dí con él!
GAZAPO. Que no dieras con un cafre!
GARCIA. Acércate aquí, villano.
Quién eres tú?
GAZAPO. Dios os guarde.
GARCIA. Déjate de cumplimientos,
y cuenta, sin engañarme,
quién eres.
GAZAPO. Que quién soy yo?
GARCIA. Dilo pronto.
GAZAPO. Un miserable
que no tiene en este mundo
mas gloria ni mas afanes
que serviros.
GARCIA. Y tu nombre?
GAZAPO. Señor, es tan despreciable
que da vergüenza el decirlo.
GARCIA. No importa, quiero enterarme
de quién eres, y saber
lo que en nuestra corte haces.
Esta ya sé que es doncella...
GAZAPO. Cómo?
GARCIA. Que sirve constante
á la infanta doña Laura.
JUSTINA. La princesa es muy amable,
y yo la tengo un cariño
que en vano fuera negarle.
GARCIA. Pero bien, quién eres tú?
Qué hablabas en este instante
con Justina?
GAZAPO. Yo os diré.
Cuando se casó su madre,
vino un primo de mi abuela
que era natural de Flandes,
trayendo la comision
de presentar á su padre

un sobrino de ese primo
cuyos padres naturales
declararon al morir
tener vínculos de sangre
con un tio de la niña.
Por consiguiente, era el lance,
que el sobrino pretendia
que el árbol suyo entroncase
con la rama de la novia,
para probar su linaje.
A esto se negó su novio,
porque dijo...

GARCIA. Qué diantre!
Si acabas la relacion,
concluirás por marearme.

GAZAPO. Esto era justamente
de lo que hablábamos antes.

JUSTINA. (Jesús! Cuánto desatino
ha inventado!)

GAZAPO. El desenlace
es lo mejor.

GARCIA. No lo cuentes.

GAZAPO. Porque se enteró el alcalde
de la intencion del sobrino,
y mandó á los concejales
que hiciesen informacion...

GARCIA. Pero...

GAZAPO. De los familiares
que asisten al Santo Oficio,
diciendo que declarasen
si el árbol...

GARCIA. Que no lo cuentes.
Yo sé lo que aquí te trae,
y no pasará una hora
sin que tu delito aclare,
y sufras en un suplicio
el castigo de tus planes.

GAZAPO. Mis planes? Y cuáles son?
Vamos á ver, enteradme;
porque yo estoy hasta el dia...

GARCIA. No lo ignoras, tunante.

GAZAPO. Si el único plan que tengo,
es comer mañana y tarde.

JUSTINA. Eso es verdad, don Garcia;
á gloton no hay quien le gane.
GARCIA. Muy bien, pero yo he sabido
que este escudero culpable
intriga para que el pueblo
contra su rey se levante.
GAZAPO. Señor! Os han engañado!
Si mi fuerte es acostarme,
cómo quereis que yo intrigue
porque se levante nadie?
GARCIA. Ni te sirven evasivas,
ni los embrollos te valen.
GAZAPO. Pero atended á razones.
(Si yo pudiera escaparme.)
JUSTINA. Señor!
GAZAPO. Tened caridad!
GARCIA. Maniatado he de llevarle
para entregarle al verdugo.
Hola! Guardias?
JUSTINA. Perdonadle.
GARCIA. Ha de morir sin remedio.
GAZAPO. (Si? pues voy á deslizarme,
á ver si encuentro un rincon
que de tus garras me salve.)
(Examina la habitacion.)
JUSTINA. Haced que muera su amo,
pero él no ha tomado parte...
GAZAPO. Aunque sea en esta mesa.
(Se mete debajo de ella.)
GARCIA. Guardias!... Yo sabré enseñarle...
(Salen los guardias.)
Echad un lazo en el cuello
de ese traidor, y aguardadme.
Vámos... pero dónde está?
Habrá podido escaparse?
Es imposible. Si dije
que no dejaran á nadie...
GAZAPO. (Que no te quedáras ciego!...)
GARCIA. Allí está.
GAZAPO. (Dios te lo pague!)
GARCIA. Guardias, haced que á estocadas
su escondrijo desampare.
(Los guardias se dirigen á la mesa por ambos

lados: esta se transforma en dragon, echando fuego por la boca, y todos huyen saliéndose de la escena.)

GARCIA. Pero qué es esto, Justina?
JUSTINA. No veis cuánto fuego sale?
Huyamos pronto.
GARCIA. Por dónde?
JUSTINA. Por aquí.
GARCIA. Cristo me ampare!

ESCENA V.

Salon corto.

EL REY.—ORDOÑEZ.

REY. No te detengas, Ordoñez.
Sin ninguna dilacion
quiero que mis pueblos sepan
la recompensa que doy
al que traiga muerto ó vivo
á ese infame embajador.
ORDOÑ. La sabrán en el instante.
REY. Y que no tendrá perdon
el que proteja ó ayude
en sus miras al traidor.
Publiquenlo los heraldos
por toda la poblacion,
y que lo sepan los pueblos
antes del próximo sol.
ORDOÑ. Despacharé corredores
en distinta direccion,
y así la voluntad vuestra
podrá cumplirse veloz.
REY. Y para mas obligarles,
las cartas firmaré yo.
Quiero que todos entiendan
el grande interés que doy
al estricto cumplimiento

del mandato, y juro á Dios
que si alguno lo desprecia,
ha de ser su pena atroz.

ORDOÑ. Y quién será el atrevido,
que no esté del rey en pró?

REY. Ya sabes: diez mil escudos
deben ser el galardon,
del que presente en mi córte
la cabeza del traidor.
Y si le trajesen vivo,
si al vil que ayer me burló,
puedo asir entre mis manos,
entonces, todo el valor
de mis feudos no es bastante,
en pago de tal accion.

ORDOÑ. Y de la princesa Laura
qué disponeis?

REY. Vuelva, ó no,
seguiré ocupando el trono;
y si otra vez mi furor
provoca, yo saciaré
con la muerte su ambicion.
Ve, Ordoñez, no te detengas.

ORDOÑ. Al punto voy, gran señor.
(*Váse.*)

ESCENA VI.

EL REY.

Veremos si mi poder,
por el valor sostenido,
dobla hasta el suelo la frente
de ese embajador altivo.
Si él cuenta para humillarme
con esos raros prodigios,
yo cuento con mi furor,
que terrible y vengativo,
desprecia, cual se merecen,
sus infernales hechizos.
Yo gobierno en este reino,

porque el cetro lo hice mio,
y á nadie importa que fuera
por medios fieles ó indignos.
Mi antecesor sucumbió
al golpe de un asesino,
es verdad... mas nadie sabe,
quién fué el autor del delito.

ESCENA VII.

Dicho.—Don Garcia.

Garcia. Señor!
Rey. Qué ocurre, García?
Dieron con los fugitivos?
Garcia. Qué han de dar, si los protege
Luzbel?
Rey. Pero qué has sabido?
Garcia. Nada que pueda mostrar
ni el mas remoto vestigio,
de la ruta que emprendieron.
Mas ese Arfiro maldito,
aunque ausente de la corte
no deja de hacer prodigios.
Rey. Aun me provoca ese necio?
Garcia. Vamos, si nunca se ha visto
un enredo semejante.
Rey. Pero que te ha sucedido?
Garcia. Os lo contaré: yo supe
que para ocultos designios,
dejó Arfiro su criado
en el palacio escondido,
y con el fin de prenderlo,
registré todo el recinto.
Rey. Y no está preso?
Garcia. No tal,
si al mismo tiempo de asirlo,
se transformó en un dragon
mas grande que este edificio.
Rey. Y eso te pudo arredrar?
Garcia. No es muy pequeño el motivo

para que un hombre... vacile.

REY. Aunque fuera el diablo mismo,
debiste cargar sobre él.

GARCIA. Si los guardias aturdidos,
al ver aquel animal,
con ojos de basilisco,
echar fuego por la boca,
corrieron despavoridos.

REY. Con que es decir, que á ese infame
no le basta haber huido,
sino que hasta ausente quiere
provocar el furor mio?

GARCIA. No hay que desmayar, señor.

REY. Yo desmayar? Vive Cristo!
Ya tengo dada la órden,
y si existe en mis dominios...

GARCIA. Por allí viene corriendo
Ordoñez: si habrá sabido...?

ESCENA VIII.

Dichos.—ORDOÑEZ.

REY. Tan pronto de vuelta Ordoñez?
Qué buscas en este sitio?

ORDOÑ. Á vuestra Alteza.

REY. Pues habla.
Tenemos algun indicio,
que nos diga de ese mago...?

ORDOÑ. Tengo datos positivos,
del parage en que se encuentra.

REY. Y qué tardas en decirlos?
Quiero saber el lugar
en donde está ese atrevido,
para lanzarme sobre él,
y gozarme en su martirio.

GARCIA. Vamos, contad.

ORDOÑ. Un labriego,
que, para mi, es fidedigno,
la noticia ha revelado,
de que en un pueblo vecino
se encuentran Arfiro y Laura.

GARCIA. Pero estarán escondidos.
ORDOÑ. Al contrario: han proclamado
por reina de estos dominios
á la infanta.
REY. Ella reinar,
cuando sabe que aun respiro?
Oh! Juro á Dios verdadero,
darle por trono el suplicio.
Ordoñez, disponlo todo.
Que estén los soldados listos,
para marchar al momento
sobre ese pueblo atrevido.
Y cuenta que si me engañas,
si despues burlada miro
mi esperanza...
ORDOÑ. Ya sabeis
que en lo que toca al servicio
de mi rey, ninguno puede...
REY. Está bien: no desconfio.
Tú me seguirás, Garcia.
GARCIA. Yo, señor?
REY. Te necesito,
para que con tu esperiencia
me aconsejes.
GARCIA. No es preciso...
Si vos teneis mas talento
que mil hombres reunidos.
REY. Lo mando, y has de seguirme.
GARCIA. (Para volver hecho cisco.)
Pero si en llevando fuerzas
han de entregarse sumisos.
REY. La fuerza nada consigue,
si no la ayuda el buen juicio.
GARCIA. Pero...
REY. Digo que lo mando,
y obedecerme es preciso.
Ven armado, si te place.
GARCIA. De un enorme crucifijo,
que es arma contra el demonio.
Ay Ordoñez! Está visto,
transformados en ratones
de la jornada venimos!
(Vánse.)

ESCENA IX.

Bosque largo.

LAURA.—ARFIRO.—PERSAS.—ALDEANOS.

Laura es conducida en un magnífico palanquin, y al compás de instrumentos campestres, como panderetas, rabeles, etc., bailan los aldeanos al rededer de aquella y de Arfiro, que irá á su lado. En esta forma dan una vuelta á la escena, y colocan el palanquin en el centro, ínterin cantan el siguiente:

CORO.

Que viva nuestra reina,
viva la hermosa Laura,
que al campo roba el aura,
y el aroma á la flor.
Viva el valiente Arfiro,
que el cetro soberano,
arranca de la mano
del pérfido traidor.

LAURA. *(Arrodillada.)*
¡Vírgen pura y amorosa
que en tu trono de zafiros
acoges nuestros suspiros,
y los llevas al Señor!
Mira este réprobo impío,
y cúbrele con tu manto,
hoy que mi angustiado llanto
por él invoca tu amor!
Vuelve los divinos ojos,
y tu celestial mirada
sobre el alma estraviada
difunda sagrada luz!
Vuélvelos, joya del cielo!
y haz que se muestre piadoso,

el Dios santo y bondadoso
que nos redimió en la cruz!
Mírale, radiante estrella!
y que á tus santos fulgores,
se olvide de sus errores
por la sublime verdad.
Y que su perdida alma
rompa de Satán los lazos,
para que goce en tus brazos
por toda una eternidad.
Hazlo, Vírgen amorosa,
que en tu trono de zafiros
acoges nuestros suspiros,
y los llevas al Señor!
Mira este réprobo impío
y cúbrele con tu manto,
hoy que mi angustiado llanto
por él invoca tu amor!
(Levantándose y dirigiéndose á los aldeanos.)
Gracias, honrados labriegos;
en estremo complacida
quedo de vuestro entusiasmo
y demostrada alegría.
Podeis ir á descansar
mientras en esta campiña,
mi espíritu elevo á Dios
por tan inefable dicha.
Marchad, amigos, marchad.

ARFIRO. Que viva la reina.

TODOS. Viva!!!

(Vánse los aldeanos y persas.)

ESCENA X.

LAURA.—ARFIRO.

ARFIRO. Laura, me engañó tu acento?
Es verdad que eres dichosa,
como tus lábios de rosa
lo espresaban há un momento?

LAURA. Arfiro, por mas contento

que me inspire la ilusion
de nuestra firme pasion,
queda en mi pecho un vacío.

ARFIRO. Por qué?

LAURA. Tu Dios no es el mio
y sufre mi corazon.

ARFIRO. Cese, Laura tu agonía;
no abrigues tal inquietud,
porque á tu santa virtud
no resiste el alma mia.
Si un tiempo mi fantasía
siguió mentida vision
y un astro de maldicion
presidió en su desvario
hoy es ya tu Dios el mio
porque es tuyo el corazon.
Cuando el desierto cruzaba,
sin que el agua de una fuente
templase la sed ardiente
que mis lábios abrasaba,
allí, mi bien, te miraba
cual númen de bendicion,
consolando mi afliccion
de tu vista el poderío,
y allí tu Dios era el mio,
y tuyo mi corazon.
Y si los mares surcando,
las embravecidas olas
mojaban las banderolas,
que iban las nubes tocando,
tambien te estaba mirando
pura y celestial vision
contener la destruccion
de mi perdido navío,
y allí tu Dios era el mio,
y tuyo mi corazon.
Si tú eres mi solo anhelo,
si eres tú mi único bien,
y me has abierto el eden,
templando mi desconsuelo,
si eres un ángel del cielo,
cuya suprema mision
es labrar mi salvacion,

y mandar en mi alvedrío,
no ha de ser tu Dios el mio,
si es tuyo mi corazon?
Sí, mi bien, prenda querida,
tu amor me robó la calma
y ese amor roba á mi alma
la luz de la eterna vida.
Mírala ya arrepentida,
ambicionando el perdon,
que tu santa religion
concede al protervo impío,
porque tu Dios es el mio,
y tuyo mi corazon.

LAURA. Ah! Repite, por piedad,
tan seductoras palabras,
con las que amoroso labras
mi eterna felicidad.
Si ya labó tu impiedad
fervorosa contricion,
y la luz de la razon
te alumbró en tu descarrio,
si ya tu Dios es el mio,
no he de darte el corazon?
Tómale, dueño querido,
estréchale entre mis brazos,
y guárdale en los pedazos
en que tu amor le ha partido.
Qué importa ya haber sufrido
del tirano la prision,
ni qué importa su ambicion,
ni de la suerte el desvío,
si siendo tu Dios el mio,
es feliz mi corazon?
Que vengan ahora por tí:
primero me han de matar,
ó no podrán alcanzar,
el separarme de aquí.
Ya que dichosa impedí
tu eterna condenacion,
no les temo en su traicion.
Que vengan: los desafío.
Tu amparo será el Dios mio,
tu escudo mi corazon.

ESCENA XI.

Dichos.—Don Garcia, *que al mirarlos se sorprende, y dice los primeros versos antes de ser visto.*

Garcia. Hola! Aquí están! No hay cuidado,
podeis hablar con reposo,
que no tardaré yo mucho
en cortar ese coloquio,
y veros ir á la córte
atados codo con codo.
Laura. (*Mirando.*)
Ay! Arfiro, don Garcia!
Garcia. Huf, ya me miró el demonio!
Arfiro. Venid acá favorito.
Garcia. *Fúgite, rex pecatorum.*
Mira que pongo la cruz.
Arfiro. No temais, estamos solos:
hablaremos como amigos.
(*Se le acerca.*)
Garcia. *Vade retro.*
Arfiro. Si es forzoso,
que me oigais.
Garcia. Jesus mil veces.
(*Váse.*)

ESCENA XII.

Laura.—Arfiro.

Arfiro. Huyendo vá, como un corzo
acosado por los perros.
Laura. Pero volverá bien pronto,
de la guardia acompañado.
Arfiro. No temas, Laura, su enojo.
Ya que han venido á buscarme,
quiero divertirme un poco,

y hacerles ver, la distancia
que hay de mi honor á su encono.
Sígueme, Laura querida.
Voy á disponerlo todo.

LAURA. Pero no hay ningun peligro?

ARFIRO. Ninguno para nosotros.
(*Vánse.*)

ESCENA XIII.

EL REY.—DON GARCIA.—GUARDIAS.

GARCIA. Aquí están los dos, miradlos.
Pero dónde..?

REY. Tu estás loco.
El miedo te hace creer
en fantasmas ilusorios.

GARCIA. Señor, si puedo afirmar,
que los ví con estos ojos.
Y que si no me voy listo,
caigo en manos de ese mónstruo.

REY. Pues entonces, dónde fueron?

GARCIA. Quién sabe? Si de un arroyo
pueden hacer otro mar,
y marchar con viento próspero.
Quién se atreve á presumir..?

REY. Eso no ha de ser estorbo
para que yo los persiga,
hasta que vengue mi enojo.

GARCIA. Sabeis lo que yo presumo?
Que la causante de todo
es la infanta; esa traidora
es la que mueve el trastorno,
que ha de volvernos el juicio.

REY. Por eso será espantoso
su tormento.

GARCIA. Qué le importa
al embajador, que el trono
le ocupeis vos ó la infanta?
Pero ya se vé, sus ojos
lo traerán enloquecido,

y ahí está todo el negocio.
Por eso deben sacársele;
y aunque me parece poco
este castigo, á lo menos...

REY. El cadalso es lo mas propio
para escarmentar traidores.

GARCIA. Como gusteis, no me opongo...

ESCENA XIV.

Dichos.—ORDOÑEZ.

ORDOÑ. Señor!

REY. Los han descubierto?

ORDOÑ. Aunque se ha mirado todo,
no fué posible encontrarlos.

GARCIA. Ya estarán en Estokolmo
ó en Pequin.

ORDOÑ. Lo que hay de nuevo,
es, que un personaje incógnito,
oculto en silla de manos,
andaba en estos contornos,
y le tengo detenido,
por juzgarle sospechoso.

REY. Has hecho bien. Que le traigan.

ORDOÑ. No he podido verle el rostro,
porque trató de ocultarlo,
y no pensé decoroso...

GARCIA. Vamos, id, que se presente.

ORDOÑ. Ya voy.

GARCIA. Qué viejo mas plomo!

ORDOÑ. (Vaya un niño vivaracho,
y está con un pié en el hoyo!)
(*Se acerca al bastidor para decir los siguientes versos.*)
Hé, jayanes... Por aquí.
No echeis el paso tan corto,
que está esperando su alteza.
Mas vivo... Asi. Vamos pronto.
(*Váse.*)

ESCENA XV.

Dichos.—Gazapo.

Dos hombres conducen á este en una litera, y se van en dejándola en el suelo.

Gazapo. (Ay Dios! De esta no me escapo.
Voy á entonar un responso,
para que lleve mi alma
algun cristiano socorro.)
Garcia. *(Acercándose.)*
Quién sois?
Gazapo. Un hombre de bien,
que acata del rey el trono,
y que rebosa lealtad
y honor, hasta por los codos.
Garcia. Qué miro? Tú eres Gazapo..!
Gazapo. No señor, que soy un topo;
y si ando sobre la tierra,
es por no encontrar un hoyo
donde meterme.
Rey. Quién es?
Gargia. Es nada menos que el sócio
de ese maldito hechicero.
Es decir, otro demonio.
Gazapo. Si tengo cara de ángel,
cómo quereis...?
Garcia. Ya supongo
porque le han mandado aquí.
Yo dejé espías celosos,
y en cuanto se descuidó...
Rey. Que le pongan en un potro.
Garcia. Yo mismo le llevaré.
Gazapo. Por todo el martirologio
os suplico que escucheis.
Rey. En él dirá dónde y cómo
se han escondido sus amos.
Gazapo. Si no lo sabeis vosotros,
dónde quereis que yo..?
Garcia. Guardias,
sacadlo de aquí.

GAZAPO. Socorro!
REY. Romped á golpes la silla,
y acabaremos mas pronto.
(Al dar el primer golpe, la litera se transforma en un torreon, y en sus almenas aparece Gazapo. Los guardias huyen á su puesto.)
GAZAPO. Señores, ya estoy mas alto,
y puedo hablar sin rebozo.
Soy Gazapo. Lo entendeis?
El mismo.
GARCIA. (Yo estoy absorto!)
REY. Aunque te subas al cielo,
te he de seguir.
GAZAPO. Poco á poco;
mirad que suelto esta china,
(Una enorme piedra.)
y á vuestra alteza acogoto.

ESCENA XVI.

Dichos.—ARFIRO.

ARFIRO. No es con un pobre criado
con quien vos debeis lidiar.
REY. Infame! Y tú me provocas?
GARCIA. (Pues señor, escrito está,
que este hombre nos desuella.)
ARFIRO. Yo solo quiero tratar,
del punto que se cuestiona,
antes de guerra, con paz.
REY. Imposible es que los dos
hablemos en amistad,
despues de lo que ha pasado.
Yo te he venido á buscar,
y una vez que te presentas,
sometido quedarás
á mi poder.
ARFIRO. No es posible;
y os advierto, por piedad,
que si haceis el menor gesto,
tambien hago yo señal,

y cada arbusto que veis,
una pantera será
que os devore las entrañas.

GARCIA. (*Al rey.*)
Mirad, señor, que es capaz,
de hacerlo, como lo dice.

REY. Y de qué quieres hablar
conmigo?

ARFIRO. De la embajada
que traigo del rey Mosfán;
y puesto que habeis venido
por mí, tened la bondad,
de acompañarme al palacio
que he mandado fabricar,
y en su florido jardin
acordado quedará,
lo que se ha de hacer.

REY. Y piensas
que asi me voy á enredar.
en el lazo que me tiendes?

ARFIRO. Os doy palabra formal,
de no haceros daño alguno,
si á ello vos no dais lugar.

GAZAPO. Decidme, señor Arfiro,
y á mí me dais libertad,
ó he de estar aqui enjaulado
todo el año?

ARFIRO. Ya saldrás.

GAZAPO. Es que no tengo paciencia...

GARCIA. (*Al rey.*)
Lo mejor es aceptar,
y segun él se presente...

REY. Bien: tu me acompañarás.

GARCIA. Y para qué? no es preciso.

REY. Pues yo lo juzgo esencial.

GARCIA. (Es decir que no hay remedio:
no he de poder escapar
de las uñas de este mago!)

ARFIRO. ¿Habeis decidido ya?

REY. Porque entiendas que no temo
ni aun al mismo satanás,
te seguiré donde quieras.
Pero esta tregua será

por brevísimos instantes.

ARFIRO. Los que gusteis nada mas.

REY. *(A Don García.)*
Por sí miente, haz que la tropa
esté pronta á mi señal.

GARCIA. La vírgen de los Remedios
nos proteja!

GAZAPO. He! aguardad,
que yo no me quedo aqui
entre tanto ganapan.
(Vánse.)
Señor, mandadme siquiera
un pabo para almorzar.
No os hagais el distraido!
Eh! eh! tened caridad.

ESCENA XVII.

Selva corta.

LAURA.—JUSTINA.

LAURA. Pero has tenido valor
de venirte?

JUSTINA. Claro está.

LAURA. Sola por esos caminos,
sin saber en qué lugar
me encontraba, habrás andado,
preguntando aquí y allá,
sin que nadie te guiára,
ni tener noticias...

JUSTINA. Quiá!
Si era público en la córte,
que estabais vos por acá,
y el entusiasmo del pueblo,
y vuestra entrada triunfal.

LAURA. Y tú quisiste buscarme,
sin duda por presenciar?...

JUSTINA. Ciertamente: yo queria
verlo todo, y ademas

porque prendieron al pobre
de Gazapo, y la verdad,
aunque no se lo merece,
vine...

LAURA. No le quieres ya?

JUSTINA. No mucho.

LAURA. Y por qué razon?

JUSTINA. Porque solo tiene afan
por comer, y al matrimonio
demuestra aversion mortal.

LAURA. Y qué le puedes hacer?
Si no es su felicidad,
cómo quieres sujetarle
á la vida conyugal?
Al fin es franco, y demuestra
que no te quiere engañar.

JUSTINA. Es que á mí nada me importa,
el pasarlo bien ó mal:
lo que yo quiero es casarme.
Tengo ya necesidad,
lo entendeis? de que la boda
cambie mi vida social,
para hacer algun papel
en el mundo.

LAURA. Bueno está!
Y qué papel has creido
que puedes representar,
casándote con Gazapo,
que no es mas que un haragan?

JUSTINA. Cáseme yo con cualquiera,
y en seguida Dios dirá.

LAURA. Eso es para no decir,
que tú le quieres demas.

JUSTINA. Si no lo niego, señora.
Una vez le llegué á amar,
y aunque trato de olvidarle,
parece que es el iman,
que me arrastra á pesar mio.

LAURA. Bien: todo se arreglará.
Si el Señor, piadoso quiere,
mis desgracias aliviar,
yo cuidaré de que el novio
lleve al contrato nupcial,

la cantidad necesaria
para poder sufragar
los gastos de vuestro enlace.

JUSTINA. Dios premie tanta bondad,
haciendo que vuestra frente,
orne la corona real.

LAURA. Acompáñame, Justina.
Arfiro me aguardará,
y debe estar impaciente.

JUSTINA. Pero, señora, mirad
que Gazapo estará preso,
y es urgente calcular
el modo de libertarlo.

LAURA. Si Arfiro lo sabe ya,
es seguro que al momento,
lo habrá puesto en libertad.
(Vánse.)

ESCENA XVIII.

Jardin con fuente.

ARFIRO.—EL REY.—DON GARCIA.

ARFIRO. Si gustais, aquí podemos
hablar en paz y franqueza.

REY. Está bien: en todas partes
pronta será mi respuesta.

GARCIA. (Tan magnífico palacio
fabricar en una aldea
y de pronto! Si está visto,
es Lucifer.)

REY. Como quieras.
Puedes hablar cuando gustes.

ARFIRO. Muy corta será mi arenga.
Solo intento repetiros...

REY. Advierte que la princesa
no está presente, y es justo,
puesto que se trata de ella,
escuchar su parecer.

ARFIRO. Si no es otra la exigencia,
pronto quedareis servido,
pues ya veis que se presenta.
REY. Están prontos los soldados?
GARCIA. Ya puse los centinelas,
y á la primera señal
responderán sus ballestas.

ESCENA XIX.

Dichos.—LAURA.—JUSTINA.—GAZAPO.

JUSTINA. Que no os engañe el malvado,
señora, tened firmeza.
LAURA. Pienso que no ha de faltarme.
GAZAPO. *(A Justina.)*
Quieres callar, bachillera?
REY. Acércate, noble infanta.
ARFIRO. Advertid que es ya la reina.
REY. De dónde?
ARFIRO. De los dominios
que usurpó la traicion vuestra.
REY. Antes morirá mil veces,
si tal imposible intenta.
ARFIRO. Escuchad las condiciones
que os otorga su clemencia.
GARCIA. Condiciones otorgar
al que le toca imponerlas?
Pues no faltaba otra cosa!
GAZAPO. Jesús! qué cara tan fea
habeis puesto, don García!!!
GARCIA. A que te rompo las muelas
en volviéndome...
JUSTINA. Gazapo,
ven acá.
GARCIA. Pues bueno fuera!
JUSTINA. Quieres callar?
GAZAPO. Si es verdad...
No ves qué cara de bestia?
REY. Si la infanta se conviene,
y hace la renuncia espresa

de sus derechos...

LAURA. Jamás.

REY. Pues entonces que la fuerza
lo decida.

LAURA. Me conformo.
Para vengar tu vileza
no faltará quien me ayude.

REY. Si quieres que mi prudencia
te respete en este sitio,
detén el labio, princesa.
No me provoques, ó teme...

LAURA. Tal vez llegue tu bajeza
á querer saciar en mí
la cólera que te ciega.
Pero afortunadamente
todo lo que me rodea,
(Acercándose á la fuente.)
árboles, fuentes y flores
me servirán de defensa.
Repito que eres traidor
y regicida, y...

REY. Princesa!!!

LAURA. Puedes llegar, que no temo
tu despreciable soberbia.

REY. Ya verás.
(Saca una daga y se dirige á Laura.)

ARFIRO. Hola! Salid,
y castigad su insolencia.
(Al llegar el rey á Laura, la fuente se convierte en cenador, del que salen diversas fieras que le acometen.)

GARCIA. Señor, partamos de aquí!

REY. Qué es esto?

ARFIRO. Solo una prueba
del peligro á que te espones
si á la reina no respetas.

GAZAPO. Me alegro, seor don García.
Os ha gustado la treta?

GARCIA. Insolente!

ARFIRO. *(A las fieras.)*
Retiraos.
(Se retiran.)
Ya veis que las mismas fieras

están prontas á mi voz.
Si quereis que las ofensas
se os perdonen, de rodillas
postraos ante la reina.

REY. Nunca! Yo soy el monarca
á quien se debe obediencia.
Y si torpe has presumido
que á tus artes hechiceras
doy valor, mucho te engañas.

GARCIA. *(Al Rey.)*
Otra vez?

REY. Y porque veas
el desprecio que me infunden,
voy á buscar á esas fieras
para hacer de sus entrañas
mordazas para tu lengua.

GAZAPO. Jesús! qué barbaridad!!!

GARCIA. (Válgame Santa Quiteria!)
(Al entrar el Rey en el cenador, se convierte este en cárcel, y queda encerrado.)

GAZAPO. Bien hecho: dejadlo ahí,
que yo haré la centinela,
y no hay miedo que se escape.
Lorito, quieres jalea?
Vamos, cántame una copla.

REY. Aquí, soldados.

ARFIRO. Si guerra
pretendes que haya, la habrá,
pero te será funesta.

GAZAPO. *(A Arfiro.)*
Por la virgen de la O,
señor, que no haya pelea;
ved que me encuentro muy débil.

ARFIRO. Serás invisible en ella.

GAZAPO. Entonces ande la danza,
que yo haré diez mil proezas.

REY. Te desprecio. Aquí los mios.

ARFIRO. Pues bien: sobre sus cabezas,
si no bastan mis aceros,
caerá fuego que los venza.

REY. Ya están aquí mis valientes.
Venid, y que todos mueran.
(Sale todo el número posible de soldados.)

ARFIRO. Morirán hechos ceniza.
Salid, valerosos persas.
(Salen multitud de persas, y traban un reñido combate con los soldados del Rey. Gazapo alienta con sus voces y ademanes á los persas, y dá golpes á los contrarios, huyendo de la batalla. Don García se esconde detrás de un arbusto. Arfiro pelea con furor defendiendo á Laura, que se apoyará en su brazo.)

GAZAPO. A ellos! bien.

REY. No haya piedad.

GAZAPO. Así, valientes.

ARFIRO. Que llueva
fuego del cielo, y confunda
del malvado la soberbia.
(Cae una copiosa lluvia de fuego.)

GAZAPO. (Bravo! Que siga lloviendo
hasta que hierva la tierra.)
Cobardes, no hay que cejar.
Asi... bien, bien. Leña, leña!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala corta de palacio: en uno de sus lados mesa pequeña ó velador.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCIA.—ORDOÑEZ.

GARCIA. Teneis miedo todavia?
ORDOÑ. Yo no sé en lo que consiste,
pero es lo cierto que estoy
con un pavor invencible.
GARCIA. Si no se habrá visto otra
desde que la tierra existe.
Vamos, yo estoy asombrado!
ORDOÑ. Pero, señor, es posible
que ese embajador maldito
no encuentre nada dificil?
GARCIA. Cómo quereis que lo encuentre
si del demonio se asiste?
ORDOÑ. A mí lo que mas me admira,
es, que siendo el rey tan firme
de carácter, venga ahora
mostrándosenos humilde.
Semejante inconsecuencia,
la verdad, se me resiste.
GARCIA. Porque sois un animal.
Perdonad que asi me esplique,
y que os tenga por un tonto,
si no lo encontrais factible.
ORDOÑ. Hombre, no hay que incomodarse:
yo, como no me lo espliquen,

no entiendo que un soberano
de génio tan irascible
prometa sin mas ni mas
sumision...

GARCIA. Ahí está el item:
de prometer á cumplir
es la distancia terrible.

ORDOÑ. Ah! ya caigo... No ha pensado
obedecer?...

GARCIA. Imposible.
Cuando estaba en la prision
prometió, por evadirse,
todo cuanto le exigieron...

ORDOÑ. Y ahora que se encuentra libre...

GARCIA. Como prometió forzado,
el cumplimiento resiste;
no hay cosa mas natural.

ORDOÑ. Es que podrán argüirle
con razon, porque un monarca
debe cumplir lo que dice.

GARCIA. Hombre, pareceis un niño,
y teneis ochenta abriles.

ORDOÑ. Y á qué viene aquí la edad?

GARCIA. No ha de venir? Es creible
que tengais esos sentidos
tan cerrados? Pues no vísteis
en todas nuestras leyendas
á cada paso mil símiles?
Cuando un rey dá su palabra,
la intencion es la que sirve:
y como el nuestro la tuvo,
de no...

ORDOÑ. Ah!...

GARCIA. Ese es el busílis.
El rey dijo lo que dijo,
y el caso es...

ORDOÑ. Qué se desdice?

GARCIA. Justamente.

ORDOÑ. Pues quizá
le salga muy mal el chiste.

GARCIA. Qué ha de salir! Ya tenemos
soldados y ministriles
preparados, y de Laura

será la muerte infalible.

ORDOÑ. Pues yo no me atreveria...

GARCIA. Lo mismo que el Rey; melindres;
en todo teme su Alteza,
y vé peligros á miles:
mas, afortunadamente,
me he propuesto disuadirle,
y morirá la princesa:
ya lo vereis.

ORDOÑ. Y decidme,
no fuera mas acertado,
que muriera Arfiro?

GARCIA. Miren
con lo que se viene ahora!
Si para Arfiro no sirven
los recursos de la fuerza.

ORDOÑ. Mas ella...

GARCIA. En cuanto la atisben,
la echan el guante, la matan...

ORDOÑ. Y despues?

GARCIA. *Laus tibi Christi.*

ORDOÑ. Muy facil veis el asunto,
mas temed que se complique.

GARCIA. No hay cuidado en estas cosas
tengo yo vista de lince.

ORDOÑ. En fin, yo lavo mis manos,
porque encuentro verosimil,
que si el mago lo vislumbra,
lo menos vuelve en mastines,
á todos los que intervengan...

GARCIA. No hay miedo de que peligren:
cuando él lo llegue á entender,
no habrá remedio posible.
Lo que os pido es el secreto.

ORDOÑ. No temais que yo lo indique:
mi boca estará cerrada,
y aun cuando me martiricen,
no pronunciaré una letra.

GARCIA. Vereis como no se rien
de este lance. Hola! Gazapo
y Justina. Me persiguen...!
Ordoñez, vamos de aqui.

ORDOÑ. Dejad, quizá nos indiquen...

GARCIA. Si os digo que es cosa hecha.
Lo mas acertado es irse.
ORDOÑ. Pues señor, como gusteis.
GARCIA. Veremos al Rey, seguidme.
(Vánse.)

ESCENA II.

JUSTINA.—GAZAPO.

JUSTINA. No digas que lo sabias,
porque yo nunca pensé...
GAZAPO. Pues, mira, siempre juzgué,
que al cabo te amansarias.
(Deja el sombrero sobre la mesa.)
JUSTINA. Amansar? Vaya una frase!
Eres lo mas animal...!
GAZAPO. Si no lo dije por mal:
muger, no te ofendas... pase.
JUSTINA. Si para tratar contigo,
es menester fortaleza.
GAZAPO. Porque siempre en tu cabeza
interpretas lo que digo.
En este propio momento,
ahora, tengo que ocultarte,
por temor de incomodarte,
lo que sufro y lo que siento.
JUSTINA. Y ocultármelo prefieres?
Haces mal, dímelo todo,
si yo solo me incomodo,
de pensar que no me quieres.
Y hoy que tengo una alegría...
GAZAPO. Y yo?
JUSTINA. Como que triunfamos,
y han bajado nuestros amos
de ese Rey la altanería.
Ya se acabaron los sustos.
GAZAPO. Pues que se acaben tambien,
por siempre jamás amen
nuestros continuos disgustos.
JUSTINA. Por mí ya se han acabado.

Hablemos solo de amor.

GAZAPO. Bien, y...

JUSTINA. Mi dicha mayor
es el estar á tu lado.
Cuando tu hablándome estás,
no te sientes satisfecho,
y que ardoroso tu pecho
quiere...?

GAZAPO. Siento mucho mas.

JUSTINA. Mas que yo? No lo consiento.
Cuando estás al lado mio,
me enajeno, me estasío.

GAZAPO. Pues eso y mucho mas siento.

JUSTINA. Aun mas?...

GAZAPO. Por ejemplo, ahora,
siento á mas de ese placer...
una gana de comer,
que me mata, me devora.

JUSTINA. Pues me gusta la salida!
Si te haces aborrecible.

GAZAPO. Muger, es incompatible
el amor con la comida?
Al contrario, hay cierta union
íntima, la cosa es clara:
cuando el estómago para,
tambien para el corazon.

JUSTINA. Pero, hombre, en ciertos momentos
es lo mas inoportuno...

GAZAPO. El que está en perpétuo ayuno,
no repara en cumplimientos.
De mi señor el donaire...

JUSTINA. No te alzó la prohibicion?

GAZAPO. Me ha vuelto camaleon,
y solo vivo del aire.
Es esto razon, Justina?

JUSTINA. Y eso que eres su criado!

GAZAPO. Mira, ya estoy concertado
con el jefe de cocina.

JUSTINA. Bien hecho.

GAZAPO. Calla, por Dios,
que si mi señor lo entiende,
hasta el habla me suspende,
y nos perdemos los dos.

JUSTINA. Vaya un señor imprudente.
GAZAPO. Ahora mismo voy á ir,
y no paro de engullir,
Justina, hasta que reviente.
Con que tú me esperarás;
no es verdad? Y si mi amo
pregunta por mí...
JUSTINA. Te llamo,
sin decirle dónde estás.
GAZAPO. Justamente. A Dios, pichona.
(Va á tomar el sombrero, y se elevan del velador dos o tres figuras, una sobre otra, llevándolo puesto la primera.)
Canario! Qué tropa es esta?
JUSTINA. Y qué sé yo?
GAZAPO. Hasta la mesa
en mi perjuicio se encona.
(Vuelve la mesa á su ser.)
JUSTINA. Calla! Ya nos han dejado.
GAZAPO. Mejor. Con que hasta despues.
(Vá á coger el sombrero, y salen las figuras otra vez.)
Dale! Justina, no ves?
Si en todo soy desgraciado!
Señores, basta de chanza:
ni doy bromas, ni las quiero.
Con que, venga mi sombrero,
ó va á moverse una danza...
JUSTINA. *(Mirando al bastidor.)*
Princesa, venid por Dios.
GAZAPO. Qué gritas?
JUSTINA. Señor Arfiro?
Si vienen alli.
GAZAPO. Qué miro?
Nos ha matado á los dos.
(La mesa vuelve á su ser.)

ESCENA III.

Dichos.—LAURA.—ARFIRO.

LAURA. Justina, te has vuelto loca?
JUSTINA. Si es cosa para llorar!
LAURA. Mas, á qué viene gritar?
Quién esas voces provoca?
GAZAPO. Mirad, seductora infanta.
(Señalando á la mesa.)
LAURA. Ya miro. Qué ha sucedido?
GAZAPO. Caramba! Pues ya se han ido!
ARFIRO. Conozco lo que os espanta.
GAZAPO. Cómo?
ARFIRO. Sí, sé que rastrero,
calculabas infringir
mis mandatos, y al partir,
te quedaste sin sombrero.
GAZAPO. Por vida..! No encuentro modo..!
Señor os equivocais:
no iba yo donde pensais.
ARFIRO. No hay que mentir, lo sé todo.
Toma el sombrero, y cuidado
con intentar otra vez
semejante avilantez.
GAZAPO. He de morir estenuado!
(Toma el sombrero.)
Nada... Si es particular!
(Examinando la mesa.)
Pero por dónde se fueron?
JUSTINA. Dí que por donde vinieron,
que el irse no es de estrañar.
GAZAPO. En fin, sígueme, Justina,
que el lance va ya muy sério,
y antes de ir al cementerio,
me voy...
JUSTINA. Dónde?
GAZAPO. A la cocina.
(Vánse.)

ESCENA IV.

LAURA.—ARFIRO.

ARFIRO. No temas ya, Laura mia,
que se renueven tus penas;
abre el pecho á la alegría,
y horas dulces y serenas
borren tu melancolía.
De ese déspota el encono,
vencido, humillado está;
su palabra otorgó ya,
de hacer renuncia del trono,
y hoy mismo la cumplirá.

LAURA. Y juzgas que ha de cumplir,
una palabra empeñada
por el temor de morir?
Ah! No! que soy desgraciada,
y aun le verás resistir.
Nacida en régio aposento,
mecida en ebúrnea cuna,
lo creerás? Pues ni un momento
le deparó de contento
á tu Laura la fortuna.

ARFIRO. Con que siempre se mostró
contigo avara la suerte?
Siempre, Laura?

LAURA. Siempre no,
que en el instante de verte,
todo mi ser varió.
Triste flor abandonada
del mundo en los eriales,
por la amargura regada,
y tan solo acariciada
por contínuos bendabales,
jamás el sol me cubria
con su manto de escarlata,
ni nunca pasado el dia,
la luna me dirigia
sus blancos rayos de plata.

Mas al lucir una aurora,
se presentó en lontananza
una estrella brilladora,
á cuya luz seductora
mi pecho vió la esperanza.
Y aquel campo de amargura
sembrado solo de abrojos,
fué ya un pensil de hermosura,
que la estrella eran tus ojos,
con la luz de mi ventura.
Estrella á cuyos fulgores
mis sentidos se estasiaban;
cuyos rayos seductores,
de mi pecho desterraban
la hiel de los sinsabores.
Y en esta bella ilusion,
que arrebatára mi calma,
perturbando la razon,
me pediste el corazon...
y te entregué toda el alma.
Y de mi pecho el consuelo
fué ese amor que le devora,
ese constante desvelo,
que se aumenta hora tras hora,
con desconocido anhelo.
Solo por tu amor respiro,
tu voz embarga mi mente,
soy feliz cuando te miro,
y lloro si estás ausente:
si estás junto á mí... deliro.

ARFIRO. Calla por Dios, mi lucero;
no alientes mi pasion loca,
que es tanto lo que te quiero,
que de dicha y placer muero
si lo escucho de tu boca.
No abrigue tu frente pura,
recuerdos de ese dolor
que causó tu desventura,
y vida nueva de amor
forme tu eterna ventura.
Ni temas las invenciones,
de ese monarca perverso.
Conozco sus intenciones,

y ante todo el universo
triunfaré de sus traiciones.
Para gozarse en tu muerte,
sé que preparando está,
la manera de prenderte;
mas burlado quedará,
si no me falta la suerte.
Y para mas demostrar,
que solo inventa su daño,
libertad le he de dejar,
y cuando piense triunfar,
le matará el desengaño.

LAURA. Ah! Cuándo llegará el dia
en que libre de pesares,
mi existencia y alegría
te consagre, en los altares?

ARFIRO. No ha de tardar, Laura mia.
Sígueme, que yo te juro,
por nuestro Señor bendito,
que hoy verá ese rey perjuro,
la expiacion de su delito.

LAURA. Hoy mismo?

AUFIRO. Te lo aseguro.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

Salon largo: en el fondo, mesa y dos cómodas: en uno de los costados un sillon.

EL REY.—DON GARCIA.

GARCIA. Si os digo que es lo mas fácil;
en este instante, tal vez,
estará presa la infanta,
y luego no hay que temer.

REY. Y quién te dice que temo?
Nunca en la vida temblé
á la vista del peligro,

por mas que arriesgado fué.

GARCIA. Pues entonces no comprendo,
lo que os pueda contener
en asunto tan sencillo.
No es vuestro justo interés,
quitar á esa loca infanta
toda esperanza? Pues bien.
Qué medio habrá mas seguro,
que la hoguera ó el cordel?

REY. Pero saciar la venganza
en una débil mujer,
ni es hazaña de valientes,
ni debe intentarla un rey.

GARCIA. Señor! Vos habeis mudado
de un modo!... Quereis ceder?
Renunciareis la corona,
porque ese estrangero infiel
lo exija?

REY. Yo renunciar?
primero he de perecer.

GARCIA. Y si no muere la infanta,
pensais que tan fácil es,
negarse á las exigencias
de ese Arfiro?

REY. Yo le haré
deponer su vano orgullo,
arrodillado á mis piés.

GARCIA. Pero si esas amenazas
son inútiles: si él
ni encuentra cárcel segura,
ni el hierro le ha de ofender.
Lo que importa es la princesa:
quizá ya en prision esté,
y pudiera ir á la gloria,
señor en un santiamen.

REY. Morirá; pero tan pronto...

GARCIA. Es que pronto debe ser,
para que Arfiro lo sepa,
cuando ya enterrada esté,
Si no, pensará altanero
que pavura le teneis.

REY. Temerle yo? Porque veas
que nunca transigiré,

y que estoy dispuesto á todo,
para humillar su altivez,
hoy ha de morir la infanta,
si la llegan á prender.

GARCIA. Bravo, señor! Ya os conozco,
y en esto no sois cruel:
labrais vuestro bienestar,
que es la mas precisa ley.
Con que morirá estrellada
como huevo en la pared?
Al penetrar en la cárcel,
una trampa hacen caer,
y se acabó.

REY. Quiero mas;
pienso que mi pueblo fiel,
presencie el fiero castigo,
y yo mismo lo he de ver.

GARCIA. Pero entonces...

REY. No repliques:
yo las órdenes daré.
Espérame en este sitio,
y disponlo tú tambien,
de modo que todo el reino
su muerte llegue á saber.
(Váse.)

ESCENA VI.

DON GARCIA.

Válgame Dios qué caprichos
tiene este bendito Rey!...
(Pone el sombrero sobre la mesa.)
Ya se le puso que el pueblo
presente al castigo esté,
cuando á la muerte secreta
antes no quiso acceder.
Y la suerte es, que su ira
al fin á escitar llegué,
que si no, se pierde el trono,
y mi favor, y... Pardiez!

Pues no fuera mala chanza,
dejarse así sorprender
por esa falsa sirena,
y el puesto que conquisté,
á fuerza de mil trabajos,
abandonar... Y por quién?
Por ese maldito hereje,
embajador de Luzbel?
Nada: perezca la causa,
y no habrá efectos despues.
Por supuesto, bien mirado...
matar asi á una mujer,
sin mas ni mas, es un crímen
que en la otra vida tal vez
se pagará. ¿La otra vida?...
Y quién me manda creer,
que acabada la presente?...
Y en fin, á qué es suponer
desdichas imaginarias,
cuando nos halaga el bien?
Lo que siento es lo cansado
que la espedicion de ayer
me ha puesto.
(*Bostezando.*)
Ay! tengo un sueño
que no puedo estar de pié.
(*Se sienta en el sillon.*)
Aquí estoy mucho mejor.
Cuánta cosa hay que vencer,
para conservar el puesto!...
(*Durmiéndose.*)
La muerte... Infierno despues!...

ESCENA VII.

Dicho.—Diablo 1.°.—Un Angel.

El diablo sale del foso por un lado del sillon. El ángel baja envuelto en una nube, y se constituye al otro lado. Ambos dicen sus respectivos versos al oido de don Garcia, que espresará en su fisonomía, las diversas emociones que sufre.

Diablo. No juntes con la dicha
voraz remordimiento,
ni entibie tu contento
fantástica ilusion.
Porque lanzado el hombre
del mundo al torbellino,
gozar es su destino:
gozar es su mision.

Garcia. *(Dormido.)*
Gozar en la riqueza!

Angel. Efímera ventura,
que al hombre le asegura
contínuo padecer.
Por pasajera dicha,
padecimiento eterno:
y mil siglos de infierno
por horas de placer.

Diablo. Desprecia de otra vida
la fabulosa historia:
mentira es esa gloria,
mentira el porvenir.
En el dintel del mundo
la nada es de los séres,
y penas y placeres
acaban al morir.

Garcia. *(Dormido.)*
El hombre solo es polvo.

Angel. Y espíritu es el alma,

que la celeste palma
feliz puede alcanzar.
Espíritu que deja
su cárcel en el suelo,
y entrar puede en el cielo,
que allí tiene un lugar.

ESCENA VIII.

Dichos.—Gazapo.

Gazapo. Si lo que á mí me pasa,
es cosa para ahorcarse:
tener que resignarse
á ser siempre infeliz!

Garcia. (*Dormido.*)
Qué horrible pesadilla!
(Mientras Gazapo dice los tres primeros versos siguientes deberá ponerse en el sillon la contrafigura que ha de jugar en seguida.)

Gazapo. (*Acercándose.*)
Mas qué es lo que estoy viendo?
Cabal, y está durmiendo!
Su estómago es feliz.

Angel. Adios: yo te abandono
en la perdida senda,
que á la desdicha horrenda
te conduce cruel.
Y ya que de mi labio
desoyes el consejo,
no mas: adios. Te dejo
en brazos de Luzbel.
(*Vuelve á subir.*)

ESCENA IX.

DON GARCIA.—DIABLO 1.°—DIABLO 2.°—GAZAPO.

En el momento de apartarse el ángel, sale del foso el diablo segundo á ocupar su puesto.

DIA. 1.° De gozo ya tan solo
(Agarrando de un brazo á don Garcia.)
será tu ser fecundo.
DIA. 2.° *(Cogiéndolo del otro.)*
Crucemos pues el mundo
con libre y firme pié.
(Desde este verso, ambos diablos tiran con violencia del brazo que respectivamente cogieron á don García, y la figura que representa á este, se vá abriendo del cuello abajo, hasta que se divide totalmente y desaparecen aquellos por el foso, llevando cada cual una mitad del cuerpo, escepto las piernas que las coge Gazapo, y se queda con ellas.)
DIA. 2.° Busquemos las delicias.
DIA. 1.° Por siempre serás mio.
DIA. 2.° Depon tu desvario.
DIA. 1.° Jamás te dejaré.
GAZAPO. Qué es esto! Don García?
Por Dios! Estoy soñando?
Pues no se va rajando
cual pliego de papel!
(Coje las piernas.)
Señor? Qué broma es esta?
Y solo!... Yo me admiro!
Señor! Pero qué miro?
Las piernas y sin él...

ESCENA X.

GAZAPO.

Ciertamente me he lucido
Despareció don Garcia,
y solo nos ha dejado,
las botas, las espinillas,
y el sombrero, que tambien
lo dejó allí por reliquia.
Esto es cosa de mi amo,
sin duda aquí hay brujería.
De otro modo es imposible
romper á un hombre en astillas,
y perderlo por el aire,
como si fuera una arista.
Y há poco estaba durmiendo!
Pobre señor! Quién diria,
que iba á morir desgajado,
cuál la rama de una encina?
Despues de tantos honores,
y convites, y alegrias,
ha quedado reducido
el favorito á canillas.
Voy á ponerle el sombrero:
quiero ver si todavia,
sus magras estremidades
que fué poderoso indican.
venid aquí, caballero.
(Pone el sombrero sobre las piernas.)
Muy bien. Parece mentira!
La misma planta y el aire
de encumbrada gerarquía.
Pues señor, está probado,
que entrañas no necesita,
ni cabeza un favorito,
para que todos le sirvan.
Juntad mas ese talon.
Asi: firmes. Voto á cribas!
Vaya un ente original!

Esto es cosa nunca vista.
Todo un palaciego enano:
todo un ministro en cuclillas.

ESCENA XI.

Dicho.—JUSTINA.

JUSTINA. Gazapo, dónde te metes:
GAZAPO. No lo estás viendo, Justina?
Estoy aquí mano á mano,
hablando con don García.
JUSTINA. Don García! Dónde está!
GAZAPO. A tu lado. No le miras?
JUSTINA. Vamos, déjate de juegos.
GAZAPO. Pero dime, no te admira,
la perfecta semejanza
que se advierte?...
JUSTINA. Tú deliras.
Comparar con unas botas!...
GAZAPO. Si son sus piernas, las mismas.
JUSTINA. Piensas que soy una necia?
GAZAPO. Podrás ser muy entendida;
pero no sabes palabra
en lances de hechiceria.
JUSTINA. Hay otro nuevo prodigio?
GAZAPO. Si es una cosa inaudita,
admirable, sorprendente,
incomprensible.
JUSTINA. Pues dila.
á qué viene ese misterio
ni esas palabras perdidas?
GAZAPO. Si de acordarme no mas,
los cabellos se me erizan.
Figúrate, que durmiendo
estaba en aquella silla...
Y qué pasó?
GAZAPO. Que de pronto
se abrió como una zandia,
y se fué el bueno del hombre,
á gozar de la otra vida.

Has visto cosa mas rara?
Qué me dices?

JUSTINA. Que es mentira.

GAZAPO. Cómo?

JUSTINA. Si eso es imposible.

GAZAPO. Qué?

JUSTINA. Tú has pillado una chispa,
y piensas que es realidad,
lo que en tu mente imaginas.

GAZAPO. Qué chispa ni qué fogon?
Si va para cuatro dias,
que por no tragar mi boca,
no traga ya ni aun saliva.

JUSTINA. Querrás tambien suponer,
que no fuiste á la cocina?

GAZAPO. Y quién te niega que estuve?
Pero no probé ni pizca,
de cuanto vieron mis ojos.

JUSTINA. Lo tengo por maravilla.

GARCIA. Tú sabes lo que sufrí?
Tomé en mi mano una anguila,
y al arrimarla á los labios,
se transformó en una víbora,
que si nó la arrojo pronto,
me deja sin campanilla.
despues cogi una perdiz,
y se volvió toda avispas,
que me pusieron la boca
mas picada que una criba.
En fin, tuve que salir
á escape.

JUSTINA. Cuánta desdicha!

GAZAPO. Si es para volverse loco.

JUSTINA. Pobre Gazapo!

GAZAPO. Ay! Justina!
(Las cómodas se transforman en armarios, apareciendo en ellos diversas viandas.)

JUSTINA. Lo que estraño es, que teniendo
aqui mismo la comida,
estés pasando las horas,
sin hacerle una visita.
No la vés?
(Señalando á los armarios.)

GAZAPO. Pues es verdad!
JUSTINA. Y buena.
GAZAPO. Yo percibia
un olor que me agradaba;
mas no dirigí la vista...
JUSTINA. Anda, hombre, toma un bocado.
GAZAPO. Mira, ponte de vigia...
Y si se trasforma en toro
la vianda que yo elija?
JUSTINA. Cobarde no tengas miedo.
GAZAPO. (*Se acerca á los estantes.*)
Si parece que convida.
Ay, muger, que olor tan rico!
No aguanto mas: Dios me asista.
(*Levanta la mano para tomar un manjar, y desaparecen todos del estante. Despues, segun marcan los versos, se dirige al otro, y sucede lo mismo, apareciendo de nuevo las viandas en el primero, y asi sucesivamente, hasta que desaparecen de ambos.*)
Canario! Ya se me fué!
Ves, mujer? Siempre la misma.
Pues señor, vamos al otro.
Tambien tú? Voto á San Dimas!
JUSTINA. Está visto: no ha cedido
tu señor de su porfía.
GAZAPO. Hola! Venis otra vez
á insultarme, maldecidas?
Pues allá voy. Vuelta al ajo?
Si se van con una prisa!
Alli está. Eh!... poco á poco.
Lo mismo. Tengo una ira,
que estoy por hacerme añicos
la testa contra una esquina.
Maldito sea mi amo,
su mágia y su brujería.
JUSTINA. Hombre, que te puede oir.
GAZAPO. Ya le tenemos encima.

ESCENA XII.

Dichos.—ARFIRO.

ARFIRO. Qué hablabas, mal escudero?
GAZAPO. Yo? nada, señor. Decia
que érais el hombre mas santo
de cuanto el cielo cobija.
ARFIRO. No acabas de convencerte
de que por mas evasivas
que inventes, será imposible
burlar las órdenes mias?
GAZAPO. Si señor, todo lo sé.
No hay nada que á vos resista.
Y si no, dígalo el lance
del otro... el de don García.
ARFIRO. En este momento está
prendiendo á Laura.
JUSTINA. Y decias
que murió hace poco rato!
GAZAPO. Y lo sostengo, hecho trizas.
Mi amo quiere divertirse!...
Si esas son sus pantorrillas,
y yo le ví hacerse cuartos;
podrá estar?...
ARFIRO. Y no imaginas
que como pude matarle
pude volverle la vida?
GAZAPO. Y si con él demostrais
un alma caritativa,
por qué no os compadeceis
de mí tambien? De rodillas
os lo pido; perdonadme
por nuestra Vírgen María,
y si quereis... por Mahoma
ó por las siete cabrillas.
Escoged lo que os agrade,
con tal que de empeño sirva.
JUSTINA. Vamos, señor, sed piadoso.
ARFIRO. Es fuerza que se corrija.

GAZAPO. Yo os prometo no comer
mas que seis veces al dia.
ARFIRO. Seis veces?
GAZAPO. Me equivoqué:
una no mas.
ARFIRO. Pues si olvidas
la promesa, y no corriges
tu voraz glotonería,
no esperes que nunca mas
á tus súplicas me rinda.
Alza: ya puedes comer.
La mesa está prevenida.
GAZAPO. En dónde, señor?
ARFIRO. Allí.
GAZAPO. Aquella? Si está mas limpia
que mi estómago.
ARFIRO. Un mantel.
(*Aparece un mantel en la mesa.*)
JUSTINA. Ya está de ropa provista.
GAZAPO. Pero si lo principal
no es el mantel.
ARFIRO. La comida.
(*La mesa se cubre de esquisitos manjares, ramilletes, etc., y aparecen de nuevo en los armarios.*)
GAZAPO. Asi: ya esto es otra cosa.
Acompáñame, Justina.
ARFIRO. Cuenta, que aun cuando me voy,
no te perderé de vista;
y desaparece todo
si de ser parco no cuidas.
(*Váse.*)

ESCENA XIII.

JUSTINA.—GAZAPO, *comiendo.*

GAZAPO. Venidme con parvedades,
y pactos y cortapisas,
cuando hace noventa horas!...
Jesus! qué cosa tan rica!

Come, mujer.

JUSTINA. No te escedas,
ó teme el castigo.

GAZAPO. Mira,
agarra todos los platos,
y vamos á la capilla,
que allí, por mas que me harte,
no hay que temer brujerias.

JUSTINA. Y si lo sabe tu amo?

GAZAPO. Qué ha de saber? Date prisa.

JUSTINA. Jesus, hombre! Cómo engulles!

GAZAPO. Si esto parece ambrosía!
(Cogen algunos platos, y vánse.)

ESCENA XIV.

ARFIRO.—ORDOÑEZ.

ORDOÑ. Os repito con franqueza
que no tengo intervencion
ni se escucha mi opinion,
en los actos de su alteza.

ARFIRO. Mirad que os puede pesar.
Yo sé cuanto ha sucedido,
y que habeis intervenido,
si no en decir, en obrar.

ORDOÑ. Os aseguro que en nada.
Estais en un grave error,
si pensais, embajador,
que estuve en esa jornada.

ARFIRO. En este instante venis
de lance tan temerario;
y si afirmais lo contrario,
señor Ordoñez, mentis.

ORDOÑ. (No hay duda, lo sabe todo.
Y yo juzgué que en secreto...)

ARFIRO. Y sé tambien vuestro objeto
al proceder de este modo.

ORDOÑ. Escuchadme: yo os diré...
El Rey obró de ligero...

ARFIRO. Faltando, mal caballero,

de su palabra á la fé.

ORDOÑ. Piensa, segun imagino...

ARFIRO. Dar la muerte á la princesa.
Sé que su intencion es esa,
mas piensa en un desatino.
Perjuro la encarceló,
creyendo que me engañaba,
y mi furor evitaba;
pero veis que se engañó.

ORDOÑ. Y podeis nunca creer
que yo estoy contra la infanta,
cuando mi amor...

ARFIRO. No me espanta
en vos este proceder.
Teneis mucha cobardía,
y á pesar de ese cariño
os maneja como un niño
el infame don García.

ORDOÑ. Cobarde? (Y tiene razon:
si en hablándome ese hombre,
de solo escuchar su nombre,
se me hiela el corazon.)
Es verdad, le considero,
porque al fin le quiere el Rey,
y su capricho es la ley,
que obedece el pueblo entero.
Mas no juzgueis que sucumbo,
cuando importa á mi conciencia...

ARFIRO. Es ciega vuestra obediencia,
y seguís su propio rumbo.
En fin, por piedad os digo,
que si morir no quereis,
sus mandatos desprecies,
dejando de ser su amigo.

ORDOÑ. Amigo? Si mi recreo
fuera verle agonizar.

ARFIRO. Pues no le volvais á hablar.

ORDOÑ. Cumpliré vuestro deseo.

ARFIRO. Venid, y tened presente,
que acepto vuestra promesa

ORDOÑ. Pero haced que la princesa
corone pronto su frente.

ARFIRO. Hoy mismo reina será.

ORDOÑ. De veras?
ARFIRO. Os lo repito.
ORDOÑ. Y entonces el favorito
no ha de poder...
ARFIRO. Morirá.
(Vánse.)

ESCENA XV.

GAZAPO.—JUSTINA.

GAZAPO. Mírale por donde va:
no le ves? por allá abajo.
Señor...! Le daremos voces,
porque es preciso enterarlo...
JUSTINA. Piensas que no lo sabrá?
GAZAPO. Qué ha de saber!
JUSTINA. El malvado
la dejó comprometida,
y despues ahí quedó el tajo.
Qué será de mi señora!
GAZAPO. Mujer, no tengas cuidado,
todo se remediará.
Ya me encuentro yo mas apto.
(Dándose palmadas en el estómago.)
para acometer la empresa
de librarla.
JUSTINA. Tú, Gazapo?
GAZAPO. Yo, si señora.
JUSTINA. Borrico.
GAZAPO. Mira, tú te has empeñado,
en que te dé un coscorron,
y te desbarate el cráneo.
JUSTINA. Y por qué?
GAZAPO. Porque esas bromas
á nadie se las aguanto.
A mí borrico..?
JUSTINA. Te espantas?
Quién no ha de llamarte asno,
al ver que quieres librar
por tí solo..?

GAZAPO. Yo no trato
de salvar á la princesa
por la fuerza, eso está claro.
JUSTINA. Entonces..?
GAZAPO. Mírame bien.
Tú ves en mi rostro algo,
que indique ser yo valiente,
ni que jamás hube hablado
con alguno que lo fuera?
JUSTINA. Qué he de ver! Bueno está el paso!
Tu cara solo retrata,
estupidez y...
GAZAPO. Canario!
JUSTINA. Vamos á ver, de qué medio
has de usar en este caso?
Si no es la fuerza...?
GAZAPO. Sumiso
iré á postrarme llorando,
á los pies del mismo Rey.
JUSTINA. Será inútil, si el malvado
Don García es el causante
de tan perverso mandato.
GAZAPO. Por ese no hay que temer:
ya verás, le hablaré alto.
Le diré que en el momento
ponga un decreto, anulando
el anterior, ó si no,
que doce mil condenados,
dispuestos á obedecerme,
le muelen el cuerpo á palos.
JUSTINA. Hombre, tambien es inútil.
No sabes tú que hay malvados,
que no han de hacer nada bueno,
aunque se lo mande el diablo?
GAZAPO. Pobre infanta! Otra vez presa!
JUSTINA. Si vieras que sobresalto!
Estábamos descuidadas,
y de pronto se embocaron
los ministriles del Rey.
Sin saber cómo ni cuando,
indagaron..
GAZAPO. Y qué hacemos?
Buscaremos á mi amo.

JUSTINA. Si él lo sabe: no te acuerdas
que dijo...
GAZAPO. Pues mira, vamos
á consolar á la infanta.
JUSTINA. No hay mas remedio, Gazapo:
de esta vez van á matarla.
Pero calla, estás llorando?
GAZAPO. No he de llorar?
JUSTINA. Pobrecita!
GAZAPO. Yo que la adoraba tanto!!!
JUSTINA. Por Dios, no hagas mas pucheros;
iremos á verla.
GAZAPO. Andando.
(Vánse.)

ESCENA XVI.

Plaza pública; en el centro un cadalso enlutado, con guardias á los lados. Varias personas se pasean, y otras forman grupos mirando al patíbulo.

EL REY.—DON GARCIA, ETC.

REY. Está preparado todo?
GARCIA. Ya lo veis, en una hora
se han tomado las medidas
de una manera que asombra.
REY. Y el embajador sospecha...?
GARCIA. Nada, señor: la intentona,
salió cual yo deseaba.
La princesa estaba sola,
y se puede asegurar,
que el hechicero aun ignora
la treta que le he jugado.
Por lo mismo lo que importa,
es despachar al instante,
para que nadie se oponga...
REY. Y quién ha de resistir,
lo que manda mi persona?
GARCIA. El mismo Arfiro, si entiende

que sus planes se malogran.

REY. Que venga: le desafio.
Mi decision le provoca,
á intentar nuevas maldades,
que ni temo, ni me asombran.

GARCIA. Pero, qué necesidad
tenemos de tales cosas?
La infanta Laura segura
se encuentra en una mazmorra;
el pueblo observa el cadalso,
mas para quien es ignora.
Guardemos pues el secreto,
y cuando Arfiro se imponga,
ya estará Laura gozando
de eterna dicha en la gloria.

REY. Y entonces de qué nos sirve,
darla esa muerte afrentosa?
Si á los pueblos no ha de ser
mi resolucion notoria,
si no saben que el castigo,
es porque necia ambiciona
ocupar el régio sólio...?

GARCIA. Si eso para nada estorba.
Al cabo se ha de saber.
Ya está cercana la hora,
y una vez en el patíbulo,
todos oirán de mi boca,
el nombre de la princesa
y su perpétua deshonra.

REY. Y si el miedo te lo impide?

GARCIA. Si no le tengo, es... zozobra.
Si os digo la pesadilla
que tuve ha poco...! horrorosa.
Yo ví el averno, y un ángel,
y visiones espantosas,
que destrozaban mi cuerpo,
presa de mortal congoja.

REY. Quimeras, que hasta dormido
el miedo en tu mente forja.

GARCIA. Y aun hay mas: yo del palacio
me dormí en una poltrona,
y al despertar, me encontré
subiendo por una noria,

que me arrojó contra el suelo,
lo mismo que una pelota.

REY. Aun duermes.

GARCIA. No sentis ruido?
(Mira por un bastidor de la izquierda, al que se agolpa toda la gente.)
Ya vienen.

REY. Haz que la tropa,
deje espedito el camino,
que esa muchedumbre estorba.

ESCENA XVII.

Dichos. — LAURA. — JUSTINA. — GAZAPO. — *Un verdugo, guardias y pueblo.*

Laura es conducida entre guardias, vestida de un saco negro, y apoyada en Gazapo y Justina. Aquellos apartan con trabajo, la gente que se agolpa á mirar la sentenciada.

JUSTINA. Señora, tened valor.

LAURA. Le tengo, porque confio,
en que no ha de abandonarme
en tan duro trance Arfiro.

GAZAPO. Pero dónde está mi amo
con su mágia y sus hechizos?

LAURA. Ya veo al pérfido Rey,
gozándose en mi martirio.

REY. *(A los guardias.)*
Apartad. Escucha, Laura.
Aun pueden tener alivio
tus penas: renuncia el trono,
y mi generoso olvido
te prometo.

LAURA. Nunca, mónstruo:
contenta marcho al suplicio.

GAZAPO. *(A Justina.)*
Verás como mi señor,
que ha estado haciendo prodigios
por quítame allá esas pajas,

la deja en este conflicto.

REY. Por última vez, princesa.

GARCIA. *(Al Rey.)*
No la hableis mas; si está visto
que no se adelanta nada.
(Temblando estoy de que Arfiro
sorprenda...)

REY. Laura, no cedes?

LAURA. Nunca, infame, os lo repito.

REY. García haz que el verdugo,
ejerza al punto su oficio.

GARCIA. Vamos señora, venid.

LAURA. No me toqueis, hombre indigno,
que aun tengo fuerzas bastantes,
para subir al patíbulo.
(Se dirige á él.)
Justina!

JUSTINA. No hay ya remedio?

LAURA. Solo en el Señor confio.

GAZAPO. (Que no fuera yo demonio!
No dejaba ni uno vivo.)
(Laura sube al cadalso con el verdugo.)

LAURA. *(Al verdugo.)*
Acaba pronto. Justina...!
Adios!!!!

JUSTINA. Jamás!

LAURA. Es preciso!
(Laura se sienta en el cadalso, y el verdugo se prepara á decapitarla.)

GARCIA. *(Al pueblo.)*
Señores, muere la infanta,
porque traidora ha querido...

ESCENA XVIII.

Dichos.—ARFIRO.

ARFIRO. Aun no ha muerto.

GARCIA. (Dios me ampare!)

REY. En ese propio suplicio
tambien caerá tu cabeza.

ARFIRO. Tu poder ha concluido.
La reina es la hermosa Laura.
Mírala traidor inícuo.
(El cadalso se transforma en trono. Desaparece el verdugo quedando Laura ricamente vestida con la corona en la cabeza. Toda la escena se convierte en un salon magníficamente decorado.)
GARCIA. (Mi cerebro se trastorna.)
REY. (Santo Dios! Qué es lo que miro?)
LAURA. *(Al Rey.)*
Guardias, prended á ese mónstruo.
REY. No es necesario: yo mismo
con este agudo puñal
me escusaré ese martirio.
(Se mata, cayendo sobre los guardias, que se lo llevan.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos el REY.

LAURA. Llevadlo, y á don García
encerrad en un castillo,
para que sufra la pena,
que merecen sus delitos.
GAZAPO. De ese yo me encargaré.
(Lo agarra de una oreja.)
Dejadlo, que no hay peligro
de que se escape.
GARCIA. Insolente!
GAZAPO. Mirad que os desuello vivo.
JUSTINA. No le hagas mal.
GAZAPO. Quieto ahí.
LAURA. Siéntate en el trono, Arfiro,
y pues que á tí te lo debo,
y tienes el amor mio,
justo será que mi mano,
premie tu valor invicto.
(Arfiro sube al trono.)
GAZAPO. *(A Justina.)*
Hoy tendremos gran convite:

y si hay algun empleillo...
la verdad para casarse...

JUSTINA. La reina lo ha prometido.

GAZAPO. Pues no dejes de acordarla...

ARFIRO. Laura mia, solo aspiro,
á que tu pecho me adore
siempre con igual delirio:
y ya que feliz triunfé
de tus fieros enemigos,
de EMBAJADOR Y HECHICERO
dejo el poder infinito,
y de hoy mas, solo tu amor
será mi constante hechizo.
(Arfiro se sienta en el trono. Aparecen varias ninfas y génios que ejecutan un baile, y baja el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan.!.
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon-Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Benigno García Auchuelo.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja.	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Francisco Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueba.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	F. Fernandez Gallostra.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Marìa Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.